





Volumen 5

Remedios crónicos

Roberto López Moreno



Remedios crónicos

1ra. Edición, diciembre 2025.

Archivo Narrativa Roberto López Moreno
Volumen 5

D.R.© 2025, Roberto López Moreno.

D.R.© 2025, Ivan Cruz Osorio

(Dogma Editorial)

Barracuda #20, Del Mar,

Tláhuac, Ciudad de México, México.

Diseño de portada e ilustraciones: ICO.

ISBN: 978-607-8776-58-0

Impreso y hecho en México.

Queda prohibida la reproducción parcial o total de este volumen, salvo para fines educativos, de otra manera será necesaria la autorización escrita del editor y/o autor de la obra. Las características de composición, diseño y formato son propiedad de la editorial.

Entre el cantar y la crónica

El cronista tiene en sus manos como materia prima, el tiempo; tiempo es y en tiempo se convertirá a su tiempo, sabia virtud, de la que Renato Leduc nos hablaba desde hacía ya tanto, tanto tiempo. Se sujeta a él mientras lo reinventa a golpe de memoria y verbo, y al sujetarse a él, como parte de un proceso dialéctico, se convierte en su dueño, en su domeador, y por lo tanto, en su directo beneficiario.

Con el tiempo es que trabaja el cronista y el tiempo se le vuelve letra y la letra latido. Qué sacerdocio más cumplimentado aquel en que el turiferario mayor convierte su vaivén en péndulo y de éste la verdad del humo del que van surgiendo las imágenes para vivir sus minutos presentes y luego los años futuros.

¿Y qué tal cuando el cronista es sometido a su misma regla? Con la pupila que mides serás medido. Entonces Cronos salta del primero al segundo plano, del segundo al primer plano y el concierto de hechos y minutos toma forma y viento.

El cronista, cantador desde los relojes, es cantado desde el reloj del que lo observa, y entonces, así es como se enteran los *Cantares* al cronista; hay una alaguara de tinta de cuyas corrientes Alfredo Borboa Reyes describe al descriptor, para convertirse ambos en simbiosis en la que los demás, abrimos página e imaginación, y nos leemos.

Pero el cronista, aquí, acude a la tinta del poeta, porque poeta también ha sido y desde el principio de su ruta, así lo designó su letra al relatar con la mirada de los vaticinios lo que veía de los entornos y lo que adivinaba de los futuros, como todo poeta.

En abono a lo anterior cabe citar lo que ese sabio, que se llamó José Muñoz Cota, dijo del libro de Borboa cuando éste publicó su poemario *Apóstrofes del tirano*:

Podría citar las líneas que más me han sobresaltado; pero no veo la necesidad. El conjunto, como unidad, no tiene objeciones. Sus adjetivos son exactos y dan en el blanco; sus verbos

llegan a la meta de sus intenciones poéticas; sus imágenes, frescas, nuevas, y originales, guardan el equilibrio con los íntimos propósitos que usted alentaba al escribir su poema.

Si ya lo dijo Muñoz Cota, no queda nada más que agregar.

Entonces, con esas dotes que Muñoz Cota señala, se da el desdoblamiento, el cronista-poeta se ubica en poeta para hablarle al cronista, pero además, con toda la fuerza moral que le da el haber sido el autor del *Decálogo del cronista* en donde ahora se fusionan el hombre de letras y el hombre del Derecho. Por lo tanto, historia de fusiones es ésta.

Sobre su perfil como autor del *Decálogo*... otro hombre sabio como lo es Luis Rublúo Islas, sentencia:

Creo, sinceramente, después de haber leído el texto, que su autor, el Lic. Alfredo Borboa Reyes, Cronista Municipal de Tremasaltepec, Estado de México, con su experiencia de jurista, de historiador, de poeta y precisamente también de cronista, ha logrado, sí, un *Decálogo del cronista*, utilísimo para esa profesión. Es un breve corpus, legista, como para tenerlo presente a fin de que alcance respetabilidad el que la sigue; pero hizo más: un ensayo –en el sentido literario–, que honra el género. Más todavía y constátelo el lector: una joya de veras literaria en sí, la que, por cierto, resume la propia personalidad del autor quien tiene tanta parte en las leyes como en las letras, y de éstas su carácter de cronista, además.

Esto lo dice Luis de un hombre que toca con su oficio los litorales de la historia, como cronista, y los de la literatura, como poeta. En esa dinámica binaria se mueve su palabra.

Historia y literatura son los veneros, lo que se observa de los devenires y se dice para los acervos; Borboa Reyes está en el eje. Lo que el tiempo nos está viviendo y la letra que se utiliza para interpretarlo. Borboa. Eje.

Alfredo Borboa Reyes, es el autor de estos *Cantares al cronista* al que pide que “la adulación no manche nunca/ los labios ni la pluma” y al que ve como “¡El Quijote que salva de las sombras,/ con el solo poder de la palabra,/ la imagen y las voces de la tierra nativa,/ para darles relieves de grandeza...”

El cronista le habla al cronista y el tiempo se detiene en su transcurso para observar este tiempo en el que estamos inventando nuestro tiempo. Son el tiempo y la cuenta de Miguel de Guevara. Son la cuenta y el tiempo de los que en tales ámbitos latimos. Y Borboa, el eje.

El colmillo de la perra brava

La confluencia de tensiones lumínicas hacen la hoguera de la sala, capital de voltios en mitin de destellos iluminando el rebumbio, cita de los celebrantes en comuniones de bullicio y simetrías resplandecientes delineando la holgura de la fiesta. De pronto, uno de los presentes descubre entre la multitud algarabáquica el perfil averno, apoderado de un segmento del espacio festatario, el personaje primero, activa los motores internos de la ira, aprieta en su mano el uvo de cristal, cuyo líquido se ha convertido ya en un raigón de fuego, líquido ígneo que ya es llama, y después, con la conflagración crecida en la palma de la mano, la arroja sobre el trazo del torvo delincuente. “A la salud del Che”, expulsa hacia el rostro repugnante y azota la llama de la copa en la faz del criminal. El azoro en torno. El hecho se ha cumplimentado y la imagen del guerrillero-víctima empieza a crecer en la imaginación de los presentes, inmenso como lo forjó la historia. El aborrecible siente resbalar el líquido ardiendo por los vericuetos de su cara de matón castrense. El líquido quema. La memoria tomó pie, y tomó venganza. El acto estético se ha consumado.

Lo que aquí acabo de relatar es la descripción de una obra de arte. Más explícito: ha sido la consumación de una obra de arte coetáneo, un dramático performance alimentado con las venas de la ira pero también y muy también, y más, con las arterias de la conciencia histórica, elevada hasta su muy especial estética realista. Acabo de describir un magno acto cultural; una singular expresión de arte contemporáneo. Lo que quiero decir, remitiéndome a las sustancias de este modo, es que el arte, la cultura, son la fuente que abastece y dota de dimensiones a la conciencia del hombre, le da una identidad, un sistema de percepciones, una visión profunda de su tiempo. Y la ira como fuerza que transforma. Pero una ira gobernada por la inteligencia para alcanzar sus fines. Hay conciencia, hay movimiento. Hay movimiento, hay el ábrara con el que inicia su dialéctica la cantidad hechizada apuntando hacia su salto cualitativo, diepalismo trazador de rutas actuantes en actualidades.

Por eso las propuestas de un arte contemporáneo son tan peligrosas para los del poder, tan perseguidas, tan pretendidamente acalladas. Por eso, complementaría en mi particular pugna, las revoluciones del propio arte dentro de su seno son vistas con tanta desconfianza hasta por los actores de prevalencias tradicionalistas. La proscripción es entonces la respuesta del malestar, la proscripción por vía doble, administrada de un lado por el poder y del otro, por los artistas conservadores que por tránsito natural también son el poder. Entonces, toda la fuerza ciega y rencorosa, bestia atemorizada, se desata implacable contra los escolios interdictos. Esto lo saben, lo han sabido, los artistas independientes, los teóricos fraternados en el mismo puño, los que adelantan en su propuesta romper con las normas establecidas, abrirse en una flor de comburencias y arrebatables de paso a los del poder la comercialización que hacen de lo que se pretendió tósigo y filo para sus ambiciones. El rey Midas mide con su vara áurea lo que toca y entonces la creatividad tiene que buscar nuevas formas para decirle su asco y su desprecio.

Nacen las nuevas propuestas y son ignoradas por la gran máquinaria, dadora de becas y prestigios, de inmortalidades y laureleríos; no sólo son ignoradas sino perseguidas con saña inaudita, la saña que proviene de su infinito miedo. Esto lo han sabido —para hablar de nuestro entorno inmediato— personajes como César Espinosa y Araceli Zúñiga, infatigables promotores de las artes alternativas en nuestro país. Saben de puertas cerradas, de propuestas rechazadas, de malos gestos y peores comportamientos y a tales han respondido con su terquedad de bien y han generado el apoyo de gente que como ellos lucha por una rehumanización del hombre, por un levantar la conciencia, piedra violenta sobre el rostro de los criminales que hacen el hambre, que hacen la guerra, que matan a seres indefensos con sus armas de fuego y con las de sus intelectuales incondicionales, los que atacan a Cuba, los que debieran ir a contar los cuerpos despedazados en los arenales de Irak y Palestina.

Ahora, producto de esa terquedad de la que hablo, César Espinosa y Araceli Zúñiga nos presentan, enhorabuena, el libro *La perra brava*, necesarísimo tomo para que los jóvenes lean en él cómo se

ha dado la lucha en nuestro país a favor de la concientización por medio de las manifestaciones artísticas y su renovación, en contra de la cultura conchuda y acomodaticia, protegida por las altas esferas burocráticas. Qué libro tan importante. Qué libro tan necesario. Su aparición es un ábrara total para el conocimiento y la imaginación. Sabio libro y amoroso. Acto de luz de autores y editores. Golpe directo contra la barbarie y sus intelectuales cómplices, contra la vesania acomodada tras los escritorios de la alta burocracia cultural. De Rodas a Siracusa, de Atenas a Bagdad, de nuestros barrios bajos a Teotihuacan, ha recorrido la luz que estas páginas capturan y Espinosa y Zúñiga nos ponen en las manos. Qué bueno que existe este libro para rabia de quienes quisieran que nunca se hubiera impreso. Bienvenida *La perra brava*. Acallada por las editoriales, oficiales y privadas, a esta perra de colmillo largo no la habían dejado ladrar, quizá por ello su mordida sea más rotunda, más lapidaria, más mordida. Perra que no habían dejado ladrar, perra que sí muerde. Y ha de doler, y mucho, la tal mordida.



César

Contaba Luis Cardoza y Aragón que había conocido a César Vallejo en París, en una reducida habitación, repleta de miseria. Todos los desamparos del mundo revoloteaban albiturbios en la buhardilla en donde Vallejo crecía su soledad a unas cuantas cuadras de la desmesura rebumbiante del Follies Bergere. El gran poeta “vivía” sus días en un hotelucho de paso, oliente a humedad y desatención, atmósfera cerrada, penumbra concentrada sobre su alma, comburente por su rabia de indio. Así, más o menos, lo recordó el poeta Cardoza, ante Carlos Illescas, Federico Émeri, Viola Trigo y yo en una inolvidable tarde de conversación y canto en su casa cercana a Miguel Ángel de Quevedo, en Coyoacán.

“Lo explotaban los periódicos de su tierra —escribió más tarde Cardoza y Aragón—. Se iban a Montparnasse. Por los cafés, de día y de noche, en la tarde o en la madrugada, con algún amigo un par de medialunas, una copa de alcohol. En el mostrador del café Le Dome se pedía un café y se tomaban de las cestas cuantas medialunas se soportaran. Se admitía un tercio de la consumición al pagar”, y así recordaba el maestro Cardoza como Vallejo había viajado a España y luego regresado a París, a morir de hambre. “Fue obrero de la palabra al rojo blanco; a yunque y martillo”.

Era toda una experiencia —inolvidable— asimilar la descripción física que del peruano hacía el guatemalteco:

Sus compatriotas le llamaban *El Cholo*. Nosotros, *El Huaco*. Muy delgado, muy mestizo aindiado. Una desolación de cara angosta, más enjuta por la nariz aquilina que despegábase como gárgola a punto de volar. Cara de reja de arado que hendía la tierra y sembraba pedernales. Nervioso, de mal humor, vivía pobremente. Su voz más anchurosa se diría anquilosada por el propio ímpetu.

Uno escuchaba a don Luis, uno lo leía después, y se imaginaba uno cómo habrá sido el París de Vallejo, y como habrá sido la vida de Vallejo en aquel París que en medio de sus maravillas cobijaba el abandono de un metizo americano que golpeado por el hambre escribía las horas de cada día con sus entrañas. Ni por tiempos ni por distancias pudo uno haber estado cerca de aquella soledad andando, de aquella hermandad lastimada para decirle con nuestra voz de muy adentro:

César:

*De qué veneno, de cuál su hondura,
de dónde amarga miel viene el rostro del tiempo
que nos mira espejo
desde el centro de su blancura mueca.
De qué blancos cayendo de amarillos.*

*Los ecos de la vida
sobre la cal de la pared convergen,
esqueletos del fuego son,
remedos de su soledad,
pero la fuerza que nos sumerge en trama de tinieblas
también iza voluntad de luz,
achón de sonidos que enciende
el antiguo golpe de la sangre.*

...Haciendo una revisión de la arquitectura literaria de César Vallejo, quizá se podría afirmar que en él se ve representada la culminación del vanguardismo literario en América Latina. De su dolor infinito, de su sensibilidad mestiza, de su conocimiento literario, de su visión del páramo, de su soledad y desamparo nace toda esa fuerza que asimila ávido el lenguaje de su tiempo y lo lanza por las rutas de una novedad en el discurso que amplía más los cauces para una expresión total de su sentir la vida.

...Traía en la piel y en la mente el anfracto paisaje de Santiago de Chuco, su cuna, en la sierra peruana, que en 1892 había florecido mayormente en cardos. Su iniciación literaria fue desde muy joven, en el grupo Norte, que encabezaba, entre otros, ni más ni menos que

Víctor Haya de la Torre, fundador años después del APRA. En 1918, ya en la ciudad de Lima, entró en contacto con el joven teórico, el inteligentísimo escritor marxista latinoamericano, José Carlos Mariátegui, quien influyó poderosamente en la formación intelectual de Vallejo.

Dentro de esa atmósfera estuvo rodeado de los materiales que le aportaban revistas como *Colónida* de Abraham Valdelomar y *Cervantes*, que llegaba de España apuntando audacias verbales y tipográficas de la nueva poesía; se discutía el creacionismo de Huidobro, el ultraismo de Cansinos Assens y Jorge Luis Borges y otras audaces propuestas desde las que iba a surgir el *Trilce* de Vallejo, documento ineludible de la literatura mayor en nuestro continente y en el mundo.

...Pero antes la escritura vallejana pasó por *Los heraldos negros*, libro también deslumbrante en su modernidad, aunque todavía fuertemente identificado con el modernismo rubendariano que tanto poder ejercía entre los escritores del continente. *Los heraldos negros* se publicó en 1919 (fechado en 1918) y aunque en él ya se vislumbra el Vallejo resuelto en audacias creativas todavía no se define del todo el arquitecto de *Trilce*.

De cualquier modo, ya desde *Los heraldos negros* se nos presenta un Vallejo no totalmente asible, solamente que cualquier rareza expresada en el discurso es trascendida por el desarrollo de una temática compartida con el lector en sus experiencias sentimentales. Aquí hay cosas muy íntimas que comunicar, experiencias humanas inmediatas y tales saltan lo otro, la irrupción de la novedad, que en *Trilce* dominará instaurando en el ámbito de lo inmortal al gran Vallejo que será en el tiempo.

La sustancia Vallejo, la que pide perdón a Dios por la culpa de haber nacido, la que carga como pago a ese pecado original todo el dolor del mundo, no se pierde en ningún momento, ni en el Vallejo de *Los heraldos...* ni en el del posterior *Trilce*. Sólo que en *Trilce*, el Vallejo inigualable abre al todo el torrente de la inventiva estructural y crece y crece en la novedad de sus propuestas expresivas.

Aquí las experiencias abstractas del lenguaje toman punto, verbario del escarzo. Tiorbas de amargas cuerdas para cantar estaciones

dodecafónicas. Trilce es el triunfo de la inventiva desde el acerbo, breva malaxada en los molinos del alma hasta ser convertida en idioma trasladado a poesía, ohmio.

*La tea de sonidos desancla el pie,
le desata de la inercia de su polvo
para hurgar las entrañas de la muerte.*

*Desciende la planta a ser la enfermedad de Dios,
esta herida del costado que nos sangra sombras,
este costillar transido,
velamen de la barca funesta.*

*Desciende la planta gallo
que canciona en vano,
que pretende llorarnos desde adentro,
desgajarnos en corrientes de cal,
marcarnos con agua oscura la indigencia del cuerpo.*

*No miércoles de ceniza, siglos de ceniza;
no en las simetrías de la frente,
sino en la longitud de este dolor andando
atajan las aguas internas,
tensas también,
como la vana cancionez del gallo,
estría de tinieblas.*

Pero César Vallejo no sólo es el escritor de *Trilce* ni de *Los heraldos negros* ni de *Poemas humanos* ni de *España, aparta de mi este cáliz*, el Vallejo poeta. Hay un Vallejo muy amplio en actitudes de comunicación que se conoce menos. Está por ejemplo, el Vallejo de las piezas de teatro como *Lock-Out*, *La piedra cansada* y otras, el de los cuadernos de reflexiones como *El arte y la revolución*, etc. y el que quiero evocar aquí, el Vallejo periodista, es decir, el de las crónicas y artículos periodísticos, que es menos conocido para la gente.

Muy lejos del lenguaje hermético, lleno de tensiones por medio de combinaciones audaces, acudimos aquí, en artículos que muy pocos conocen, una pluma accesible que nos da otro ángulo totalmente novedoso de nuestro personaje. Asomémonos un poco a este ágil y risueño Vallejo:

El Jurado del Sena absolvió anoche al señor Lancel del delito de homicidio, perpetrado en la persona del señor Marge el 21 de enero, en momentos en que Marge y la esposa de Lancel se levantaban juntos de un mismo lecho, a eso de las diez de la mañana. La sentencia ha venido a poner término a un juicio ruidoso, que la prensa de París califica como el más grande escándalo mundano de los últimos cien años. Lancel y Marge pertenecían a la alta sociedad francesa y el hecho ha pasado, por eso, como un típico drama parisién, con todas sus consecuencias trágico-picarescas. La opinión pública se había dividido desde el primer momento: unos pedían la guillotina para el matador y otros la corona laurínea, puesto que Lancel había defendido dignamente el honor conyugal. La sentencia, tantos meses esperada, ha hecho sollozar de emoción a unos y ha encrespado en otros los pelos de protesta. Como siempre, se ha hablado esta vez de justicia e injusticia, a un mismo tiempo. Anoche, en momentos en que el Presidente de la sala judicial apareció ante el público, para dar lectura al veredicto, dos hombres de la barra se daban de puñetazos, defendiendo cada cual a Marge y a Lancel. Una dama, vestida de beige y boinita, tuvo un desmayo neutral. Bravos y mueras sonaron, como en las Cámaras. El señor Lancel, en tanto, seguía llorando, en su banco de acusado. La cosa ha sido, pues, muy sabrosa, “azúcares de harem y miel de ombligo”.

Aquí tenemos entonces a un Vallejo poco frecuentado por los lectores de su literatura, tenemos, a través de una escritura aparentemente ligera pero punzante e irónica, una pupila atenta a los acontecimientos cotidianos de su tiempo, de su asiento urbano, en este caso, la ciudad de París, en donde fue periodista y víctima de asedios de pobreza.

Esta pluma de las reseñas se nutre de vivencias inmediatas y en su lenguaje de cronista se aleja del hermetismo con el que se nos crece

inconmensurable en *Trilce*. Su arquitectura mayor, oscura y propositiva, da paso al hombre diario y lo libera un tramo (necesario, necesarísimo) de ese dolor heredado de siglos que transita subcutáneo.

*No pueden (¿no deben?)
el hueso, la piel, cargar tanto sombrío;
así es como nos asimos de nuevo
a la columna del sonido,
para tocar la superficie en la cegadora luz de su eco.
¡Ay hermano en este resentirse del viento,
de su roce de raíces
sobre la carne viva del día!
“Completamente, Además, ¡Dios!”
“Completamente, Además, ¡nadie!”
“Completamente”.
Luz por luz, sombra por sombra,
al día lo que es del día,
en él tu acorde mayor, de LXXVII Cuerdas.
El pan nuestro de cada día dádnoslo hoy.
Espiral. Punto.
Septuagésima séptima suerte de la cuerda.
Después de Muerte, Música. Espiral...*

...Y así fue cronista musical, Vallejo, cronista de teatro, de artes plásticas, es decir, con un lenguaje más accesible, propio de la página periodística, estuvo en el pensamiento de su época y más, como siempre, adelantándose. Así nos habla, por ejemplo, de “El más grande músico de Francia”.

Justamente, al día siguiente de haber asistido a un espectáculo de “La Boite a joujoux” de Debussy, en la Ópera Cómica, toca la casualidad de que asistía yo a la representación que en el Teatro Sarah Bernhardt ofrecían los Ballets rusos, que dirige Serge Diaghilev en honor y memoria de Erik Satie. La obra de Debussy rezumaba aún a lo largo de mis nervios, cuando iba yo a saborear la música de Satie, que estaría alternada esta vez con Stravinsky. El

programa de ese día ha sido el mejor de la temporada rusa. Se dio los dos músicos más fuertes acaso de los últimos tiempos y se dio tal vez lo mejor de ellos: *Parade y Jack* de Erik Satie y *Noces y Petrushka* de Stravinsky. Razón tenía, pues, el público de haberse agrupado a las puertas del Sarah Bernhardt desde las seis de la tarde. Público cosmopolita, compuesto en sus dos terceras partes por gente nórdica: eslavos y escandinavos. En cuanto a la clientela de habla española, no hubo, que yo sepa, mayor asistencia. Mientras siempre es frecuente oír el español en los cabarets de Montmartre, da pena que no suceda otro tanto en el foyer de los teatros de alta cultura. En París hay ahora una extensa colonia de españoles y latino-americanos; ella se hace notar en todas partes y muy rara vez en los espectáculos de arte avanzado. Nos falta curiosidad. Nuestras colonias se quedan en la Comedia Francesa y en la Ópera, cuando no prefieren las soirées inocentes del Ermitage o del Carlton. No les atrae lo nuevo, la última palabra, en fin, en materia de cultura. Se está en París como si no se estuviese.

Qué felices nos vuelve César Vallejo por sus momentos fuera de su tanto dolor que nos hace dolernos también a nosotros, amargamente, entre las venas de su día; hay aquí un necesario receso en medio de la ingestión de mixtura acibarada, un descanso necesario en este morir continuo con el costado abierto, que ha calmado la sed a sorbos de vinagre, lermando de la esponja romana. Su leve sonrisa nos sonríe, algebrista fugaz de tinta jubilosa.

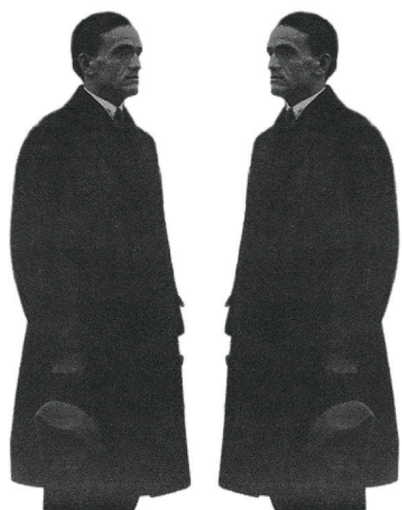
Ahora viene la revancha de los monos. El señor Voronoff, cuyo empeño por remozar a la humanidad sigue impertérrito, ha dado ayer una conferencia en el Congreso Fisiológico de Estocolmo, en la cual cuenta haber extraído el ovario de una mujer, para injertarlo en una mona. El resultado del injerto ha sido magnífico. La hembra chimpancé ha podido concebir y se halla en vísperas de dar a luz. El señor Voronoff confiesa que sólo hasta allí llega su proeza científica: el haber realizado el injerto de una matriz de mujer en una mona, después del ya popular injerto de las glándulas de simio en el hombre. El señor Voronoff expresa luego su incertidumbre total acerca de las consecuencias ulteriores de su ensayo e ignora, por ejemplo, cómo será el hijo de la mona en cuestión. Quién sabe nazca un chimpancé normal o un chimpancé con tales o

cuales añadiduras de criatura humana. Tal vez traiga la nariz absolutamente sin pelo, o al nacer, aventure un trozo decisivo de algún verbo... En fin, los círculos científicos europeos se encuentran ávidos de ver lo que sale de tamaña experiencia. En cuanto al travieso sabio moscovita, un periódico noruego informa que, al salir del Congreso Fisiológico, el señor Voronoff se estaba riendo a sus anchas, como si se hubiese vuelto loco. Ese mismo periódico, juzga que esta vez se trata, probablemente, de una broma deliberada con que quiere divertir a la clientela el ilustre médico, confirmándonos así su temple genial.

Al Vallejo alucinador del lenguaje, al estudiante y después maestro de literatura, al amigo de Mariátegui y Abraham Valdelomar, al militante del Partido Comunista, al encarcelado en su tierra, al perseguido político, al refugiado en Francia y luego expulsado, al visitante del desgarramiento español, al de retorno a su miseria parisiense, al muerto en el abandono, al Vallejo íntimamente nuestro, americanísimo y adolorido habría que dirigirnos en un diálogo infinito, decirle, *yo no sé*:

César Vallejo, sangre de nuestra sangre, carne de nuestra carne, pena de nuestra pena, en medio de tu universal sufrimiento, de indio alma de montaña, también nos diste la fugacidad de la sonrisa. Te agradecemos tu dolor y tu lúmino esbozo. Somos un poco más humanos desde entonces.

César: ahora... el silencio...





México de día y de noche: Tablada

El cinco de abril de 1937 —nos informa la maestra Pilar Mandujano Jacobo— José Juan Tablada reprodujo en el periódico las protestas de una asociación que aparentemente estaría formándose por entonces y cuyo título era “Camaradas infractores”. Y luego, la investigadora nos muestra la carta que esta supuesta asociación envía al poeta y que éste transmite a sus lectores: “Señor periodista: pertenecemos a una de las industrias más prósperas de esta ciudad bajo la designación colectiva de *Gran Asociación Nacional Zaragatera Unidos Activamente* (GANZÚA). Trabajamos en silencio y en la sombra haciendo el menor ruido posible y procurando no llamar la atención sobre nuestras personas, tratando de que los pequeños bienes de este mundo tengan un reparto más equitativo.

Como usted habrá adivinado somos los lógicos productos de la sociedad mal organizada y por eso rechazamos enérgicamente el apodo un tanto zoológico de “rateros”, que nos dan reaccionarios impúdicos, y no aceptamos sino de mala gana el nombre de “infractores” que nos aplican criterios más ilustrados.

Escojo inicialmente este fragmento del libro, porque él nos da —reverbero del talento tabladiano— el perímetro del Tablada que viniendo de una formación poética, culta, modernista-vanguardista, (veracidad de entre-siglos), ahora se nos muestra columnista (exorno de sus 30 de siglo XX), periodista en todas sus aleaciones, es decir en una mixtura de talento, cultura, sensibilidad, ironía, actitud crítica y ácrata, intuitiva, como todo buen periodista; informada, como todo periodista bueno; de “mala leche”, como aconsejaba en sus buenos tiempos Renato Leduc; y quién sabe si a las alturas de este párrafo citado, la asociación de facinerosos lo haya escogido a él como el periodista idóneo, por su caleidoscópico letramento o haya sido él —el ahora no poeta, el ahora columnista de diario— el que haya creado en los recodos de su varia inventiva, tal Asociación, o sea que se la haya sacado de su anchurosa manga llena de maravillas para ironizar acerca de los problemas que se

estaban empezando a dar dentro de una estructura social con la que estaba en desacuerdo. Una cosa u otra, el caso es que existe un personaje en el centro, con una fuerza magnética que hace que pueda ser posible cualquiera de las dos posibilidades.

La figura de José Juan Tablada siempre me ha llenado de inquietud extrema, demiurgo izado ahí, en la cruz de su dicotomía, me coloca en el ámbito de la ansiosa inquisición. Aunque no es el caso de él, el único del intelecto que en lo cultural se plantea revolucionar las expresiones de su tiempo, que es devorado por el ansia de la renovación, por el inevitable vértigo de la modernidad, mientras que en lo social se planta en la nostalgia de un pasado conservador al que visualiza como el paraíso del Orden, en el que pueden germinar las nuevas ideas estéticas. Novedoso en el arte es, pero también reacio a los cambios e incluso colaborador con los regímenes que representan el pasado, un pasado-presente que el pueblo está pagando con sangre.

Dentro de los símbolos que nos da la cultura y la historia, se alza poderoso, lo que yo llamaría el Símbolo Tablada. Un hombre que está por la modernidad pero que se opone al otro cambio, hasta el grado de terminar siendo arrasado por la caballería del ejército zapatista, que como en un signo de los tiempos, penetra en su casa de Coyoacán y destruye el bello jardín en donde el poeta cultiva sus exquisiteces orientales.

Tablada se va de México en 1914 y retorna de Nueva York hasta 1936. Sale el poeta del país y retorna como si hubiera pasado por el interior de la máquina del tiempo; regresa a encontrarse con otro aire, otro sonido, otro color de las cosas, con la estridencia de los conglomerados, con las movilizaciones agraristas, con la chimenea enhiesta que en su astrágalo aéreo ostenta el flamígero emblema rojinegro. Desmesuras para una mirada que se tendrá que adecuar a esas novedades, a esa realidad que le ha arrojado sobre su realidad la máquina del tiempo.

Para ver a este Tablada en su nueva dimensión necesitamos del auxilio de la pupila del investigador, de la investigadora en este caso, quien nos coloca frente a José Juan Tablada en los años treintas, en la efervescencia del cardenismo, en su trabajo como periodista ya no estrictamente cultural, sino observador de los fenómenos sociales de

los nuevos aires. Entonces la maestra Pilar Mandujano se adelanta y nos abre el libro, que como ojo de agua de los tiempos nos hace lermar de las visiones proteicas. ¿Qué nos dice el Tablada periodista de los años treinta?, prístina es la interpretación que hace Pilar Mandujano de los empeños de ese Tablada. Penetra con su visión hasta los recónditos resortes de un hombre que piensa que la salvación está en la cultura, que la ignorancia colectiva es el principal obstáculo para alcanzar la tan ansiada modernidad. La investigadora nos arroja así nueva luz sobre la conflictiva situación.

México de día y de noche se titula este libro escrito por la especializada desde hace años en el tema Tablada. Se trata de una obra editada por el Centro de Estudios Literarios del Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, al que ella pertenece, en donde interpreta los artículos periodísticos que José Juan Tablada publicó precisamente bajo el título de *México de...* entre 1936 y 1939 en el periódico Excélsior.

Para ubicar nítidamente a Tablada —el del esplendor porfiriano— en su nuevo contexto, Pilar Mandujano, con detenida pupila observa ese fenómeno político y social, sustancial, que fue el cardenismo y lo pone en nuestras manos a lo largo de 180 páginas. Es sintética y sabia Mandujano en su quehacer, y en el transcurso de su trabajo, con Tablada como motivo central, nos hace un enriquecido despliegue de situaciones históricas, políticas, sociales, culturales, urbanísticas, etc., respecto a la época estudiada.

Al mismo tiempo nos hace partícipes de su minuciosa lectura de Luis González y González, Lorenzo Meyer, Ilán Semo, Richard M. Morse, María Eugenia Negrete Salas, Víctor Jiménez, Wayne Booth, Bajtín, Alan R. Thompson, Kiley, T. S. Elliot, Henry Bergson, Ana Rosa Domenella, Scholberg, Octavio Paz, Jaime Castañeda Iturbide, Marshall Berman, Héctor Valdés, Iván Schulman, Guillermo Bonfil Batalla, Martín Vivaldi, Ángel Rama, Arturo Sotomayor y varios otros distinguidos sabios.

Con todos los elementos en juego Pilar Mandujano nos envuelve en su tejido y nos lleva a su conclusión sobre el personaje tan largamente analizado por ella. Desde muy al principio nos va perfilando su síntesis del protagonista cuando nos advierte en la

apenas página 50: “Como Balzac, Tablada describe el espectáculo de una sociedad dominada por las pasiones más primitivas, pero en la cual el heroísmo de unos pocos representa su salvación histórica”.

Habla Pilar Mandujano de la modalidad adoptada por José Juan Tablada, el periodista, “imbricación de las distintas formas de expresión lingüística que ofrece una nueva categoría expresiva: la crónica-ensayo. En sus textos —sigue diciendo Pilar— el autor informa, describe, narra, interpreta, opina y califica. Sus artículos son un compendio de los diversos modos periodísticos: información, interpretación y opinión...” Esto nos lleva a pensar que también él, José Juan, ahora como periodista de su nueva actualidad, se puso a reinventar México, como en su forma violenta —antítesis del poeta Tablada— lo había intentado la Revolución.

Aquí otro juicio angular de Pilar Mandujano: “Si a Salvador Novo, el cronista por excelencia del México contemporáneo, la combinación de la crónica, el ensayo y la crítica lo mostró como un innovador del periodismo mexicano, a José Juan Tablada esta imbricación le permitirá ser, quizás, el más penetrante, incisivo y crítico de su tiempo”.

En una aseveración hecha por Octavio Paz en el prólogo de la antología *Poesía en Movimiento* se lee que hasta la fecha José Juan Tablada sigue siendo el poeta más joven de México. Esto habla de una mentalidad abierta, fresca, innovadora; ¿cómo entonces en los años 30 seguía añorando la paz porfiriana?, a la respuesta de esa interrogante es a la que nos lleva la inteligente mirada de Mandujano Jacobo. Como en su destino poético, el periodista de los 30 queda enclavado en sus crónicas entre los personajes del modernismo que vivió y los portentos de la modernidad que está viviendo. El nuevo mundo se le convierte en motivo de crónica y él es el enlace. Navegante entre dos luces, ¿o entre dos sombras?, ahora él, el que había dado a conocer a Baudelaire en México, es el poeta asido a la pluma del periodista para intentar el retorno sabiéndolo imposible; pero como nada es absoluto, puede no ser el suyo un intento de retorno, sino por el contrario, con el ideal de la cultura —de su suprema cultura—, ser una crítica de lo áspero de la nueva realidad, para volverla futuro habitable. Esto nos

lo explica Pilar Mandujano en el cúlmine de su libro, convirtiéndolo en la tesis del mismo.

Ella concluye explicándonos acerca del desfase de dos modernidades, adoptando la visión de Iván Schulman al abordar éste el caso Gutiérrez Nájera, la modernidad burguesa como “producto del progreso científico y tecnológico, de la revolución industrial, de las profundas transformaciones económicas y sociales creadas por el capitalismo y la modernidad como concepto estético”; podemos interpretar: la del ideal cultural de Tablada, y la que trae consigo una Revolución como la que conmovió a México al principio del siglo XX, mientras apunta Mandujano: “Es decir, que las relaciones entre las dos modernidades han sido muy hostiles, pero sin que ello impida que ambas formas se estimulen y se influyan”.

Nos habla la autora de la crítica de Tablada al “peligro por la división tan tajante entre los que se encargan de hacer y difundir la cultura, y los que se empeñan por sepultarla”. (En este renglón nosotros, artistas, científicos, intelectuales, investigadores, población en general, sabemos lo que es el poder económico y político para la cultura, lo que ha sido; bien, muy bien que lo sabemos).

En el último párrafo de su libro la maestra Pilar Mandujano nos da la explicación síntesis del personaje que tanto veníamos buscando en sus señales y con ello asienta su tesis y nos deja la enseñanza acerca de uno de los grandes poetas mexicanos que más nos impactan desde el aticismo y aristarquía de su tinta. El resumen-lección se congrega en el párrafo final:

Es muy probable, entonces, —asienta nuestra autora— que la desazón que parecía advertirse constantemente en Tablada resultaba de su comprensión del desarticulamiento entre lo económico, lo ético y lo estético por siglos en México, lo cual alejaba al país del proyecto de modernidad, con el que se identificaba el cronista. Al darse esa fractura Tablada se sentía en la obligación de luchar contra ella o al menos de evidenciarla, porque quizá era la última oportunidad para la sociedad mexicana de salir de la noche, en la que parecía empeñada en sumergirse.

Las posibilidades de acceder a la luz se vislumbraban cada vez más lejanas, y si no se tomaban las medidas adecuadas, advertía constantemente Tablada, se perdería el tan anhelado camino.

Yo, aquí, quiero cerrar con un rendimiento de admiración por la documentada y amorosa obra escrita por la maestra Pilar Mandujano Jacobo y con una interrogante muy personal que me sigo haciendo desde el fondo de mis prólogos submarinos, ábraras del posterior encantamiento y caos en el que pretendo rehacerme diariamente: “Amo los sistros y olifantes de Tablada,/ con toda el ansia develante/ del nóvedo helicón que nos abisma./ Pero también amo, desde el fondo y hueso/ de esa misma sangre,/ los cascos de la sur caballería/ arrasando con sagrada furia/ su jardín de Coyoacán/ (acto simbólico de la vida viva)./ Entonces, si los dos/ impulsos sanguíneos son veraces,/ ¿a qué estirpe pertenezco?/, ¿cuál es de cierto el astro del que carne vengo?”

La maestra Mandujano, Pilar Mandujano Jacobo, con su amoroso y sabio trabajo me ha acercado a una conciliatoria respuesta. Agradezco a ella tal acercamiento, y agradezco a Tablada el seguir viviendo, luz y sombra, sobre estas cosas, nuestras dulces y terribles cosas.

Visiones periféricas.

Ciencia ficción en México

En una composición que podríamos describir como la significación del choque de los tiempos, el enorme monolito yergue su presencia, dura, imponente, como aquella Coatlicue que todos conocemos monstruosamente bella, contradicción entre lo terrífico y la bondad estética de las simetrías.

Aquí el inmenso dios de piedra, de una piedra limosa por el tiempo, se levanta sobre sus líneas duras, con el rostro dibujado a poderosos tajos que le dan la expresión imbatible del granito, la imagen de la fortaleza mineral sobre la que está trazado por la decisión teocrática.

Al lado de esta figura central, en segundos planos, se encuentran otros ídolos similares, pero ya derruidos por los siglos; sólo éste, del que hablamos, permanece en su posición vertical de fortaleza como desafiante aún en los años presentes, con la altiva rigidez que define su poder, con su presencia gris verdosa inamovible.

El ídolo adelanta los brazos con las manos unidas y abiertas, manos de piedra en actitud de ofertorio y sobre de ellas, sentada, una mujer abre los brazos y alza el rostro hacia las alturas; carnes suaves, delicadas, palpitando turgentes entre las manos de tosca piedra.

La mujer se encuentra semivestida con elementos que sugieren asuntos espaciales, que de alguna manera evocan reactores, combustiones internas e impulsos supersónicos, que traen a nuestra mente toda esa serie de imágenes contemporáneas que nos hablan de las proezas del hombre en el cosmos, extensión todavía tan cargada de misterios.

Mujer e ídolo, contradicción entre la suavidad de la carne y la dureza de la piedra, pero puestos en un mismo nudo de pasados y de futuros, es decir, de presentes; los secretos del ayer y los secretos del hoy-mañana representados entre la piedra y la carne, dos realidades

unidas, la verdad precortesiana y la que nos impulsa desde los presentes hacia los futuros.

Toda esa carga de contrastes y encuentros, de pasados y destinos se sustenta en la portada de *Visiones Periféricas*, la muy documentada antología de la ciencia ficción mexicana realizada por Miguel Ángel Fernández Delgado, minucioso investigador del tema.

Miguel Ángel Fernández, abogado e historiador, ha publicado estudios sobre la ciencia ficción mexicana en *The New York Review of Science Fiction*, en *Asimov Ciencia Ficción* y *Complot Internacional*, de la ciudad de México y en otras importantes publicaciones nacionales y extranjeras.

Pero veamos... ¿Ciencia ficción en México?

-Sí—responde Fernández Delgado— y cuenta con antecedentes muy remotos.

-¿Cuáles podrían ser ellos?

-Le diré que aún no había terminado la dominación española cuando el fraile Manuel Antonio de Rivas escribió en la ciudad de Mérida el relato “Sizigias y cuadraturas lunares” en donde se describía el viaje a la luna del francés Onésimo Dotalón

-En realidad, ¿de qué se trataba?

-De un viaje a la luna que se hacía a bordo de un carro volador construido según los últimos descubrimientos de la mecánica newtoniana. Podríamos hablar más de este maravilloso viaje pero preferiría citar otros casos ya que me ha advertido usted que es breve el espacio con el que contamos.

-Veamos entonces otros ejemplos.

-En el siglo XIX aparecieron otros cuentos de ciencia ficción. Figúrese, en 1844 Sebastián Camacho Zulueta trató de imaginar cómo sería México en el año de 1970: El escribió con el seudónimo de Fósforos Cerillos.

-¿Y cómo nos dibujó?

-Él consideraba que para el 70 los funcionarios públicos corruptos no eran más que una especie en peligro de extinción

-Bueno...

-Otro optimista fue Juan Nepomuceno Adorno quien en *El remoto porvenir* vio a un mundo gozando de los beneficios de la ciencia y la tecnología, despojado de guerras y de todo tipo de discordias.

-Yo le escuché a usted hablar alguna vez de Amado Nervo como autor de ciencia ficción, ¿qué me podría decir de ello?

-En 1898 dio a conocer el cuento “La última guerra” que he de decir que fue el primero de una serie de relatos y poesías de ciencia ficción que estaban inspirados en los trabajos de Julio Verne, Edgar Allan Poe, Camille Flammarion y H.G. Wells. Pero debo agregar que en el mismo año en el que murió Amado Nervo apareció la primera novela mexicana de ciencia ficción: *Eugenia*: esbozo novelesco de costumbres futuras, escrita por un siquiatra yucateco, Eduardo Urzáiz Rodríguez.

-Una novela que trataba...

-Sobre la vida en Villautopía, capital de la Subconfederación de Centroamérica en el año de 2218, en donde las autoridades ejercitan un control absoluto sobre la sociedad.

-Seguido se habla de cómo puede haber una literatura de ciencia ficción en un país subdesarrollado.

-Le responderé con los términos escritos en un párrafo que elaboré para *Visiones Periféricas*, el libro nace de un doble intento de reivindicación de la comúnmente ignorada o en el mejor de los casos, menospreciada Ciencia Ficción escrita en México. Por un lado pretende ser una especie de “visión de los vencidos”, sin tratar de significar la crónica de una derrota, sino del entuerto de una conquista, recogiendo la voz y los relatos de quienes eran considerados incapaces de escribir con ideas originales y posturas propias sus reacciones y extrapolaciones acerca de lo que sucedería o podría suceder en una época de cambios vertiginosos siendo capaces de ofrecerlo con calidad a su país y al mundo entero sin ser guiados por el malinchismo que podría suponerse en los cultivadores de una corriente literaria que vino de fuera, pero que siempre han demostrado que al escribir lo hacen desde dentro (del corazón). Por otra parte, siguiendo a los historiadores de la ciencia, quienes, al aceptar que los países subdesarrollados contaban con un decurso histórico propio dentro de la ciencia y la tecnología, acuñaron

el término “ciencia periférica”, para referirse así a sus eventuales aportaciones al conocimiento universal. Con el mismo similitud, la Ciencia Ficción producida en dichas regiones, a las que pertenece México, no podía sino ser considerada periférica respecto de la propia de los países anglosajones, productora de la mayor cantidad de libros y publicaciones periódicas dentro de la misma corriente literaria.

Miguel Ángel Fernández levantó recientemente un censo de escritores mexicanos de ciencia ficción localizándolos en 19 estados de la República: Cito: Baja California, Campeche, Chiapas, Chihuahua, Coahuila, Guerrero, Jalisco, Estado de México, Michoacán, Nuevo León, Puebla, Querétaro, Quintana Roo, San Luis Potosí, Sonora, Tamaulipas, Tlaxcala, Veracruz y Yucatán, sin contar el DF. La antología de Miguel Ángel incluye a 18 autores.

La Ciencia ficción de aquí está siendo estudiada y divulgada en México y en el extranjero. De las enormes manos de piedra del ídolo la mujer enciende los reactores de su vestimenta y prepara su viaje al cosmos.

Adiós al maestro Robledo Santiago

Nada es ajeno al hombre del sureste, ni en su origen común ni en su compartido trazo de futuro. Su sed lerna de las mismas fuentes históricas de las que se sustenta el resto de los mexicanos.

En este trajinar de los tiempos y las voluntades, los hijos de Chiapas laten, con el orgullo de saberse hijos de México y partícipes de las grandiosas páginas que se escriben en la forja de una nación a las que no han sido ajenos los espíritus de trascendencia.

Espíritu de esas dimensiones fue el del profesor Edgar Robledo Santiago. Cuando Chiapas decidió pertenecer a México, a su destino, cuando decidió compartir su pasado y sus devenires, quedaban sumados en el acto, el pensamiento y la acción de sus mejores hombres, agregados a ese maravilloso río que siendo el mismo no se repite nunca. ¿De cuántos Robledo Santiago, se ha forjado entonces, ese pensamiento que pasó a formar parte genuina de la nación mexicana? El que conocimos, el que tratamos, el que fundó su permanencia desde su trabajo en el aula hasta sus actividades en el servicio público, nos dio la medida de los otros, grandes también, como la grandeza del uno, Edgar Robledo Santiago, de quien nos sentimos tan orgullosos de haber tratado en nuestro tiempo y en nuestro espacio.

Por los caminos de Chiapas, de México, del mundo, nos encontramos el perfil de Robledo Santiago como educador, siento que es necesario partir de este rubro humanístico y mayor, para hablar de un hombre cuyo destino fue servir a la humanidad en una entrega total, que es la que admiramos y reconocemos entrañablemente. ¡Qué mayor gloria puede existir para un hombre que la de haber sido educador! Esa es la mejor manera de hermanarse con la tierra, con el barro del que estamos hechos.

¿Qué significa ser maestro en Chiapas? Un maestro en Chiapas lo es todo; hermano y padre, casa y viento. En Chiapas siempre hay una angustia que aliviar, un consuelo que ofrecer, una casa que levantar, un camino que construir. Y ahí está el maestro para todo eso. Y esto es

cuando el maestro proviene de la estirpe de aquel Simón Rodríguez, rodeado de humildad y de sus hijos tenidos con esposa india, que le había enseñado, junto con lo que el ya sabía de la Ilustración, a deletrear la geometría del infinito. Hablo de aquel Simón Rodríguez que enseñó los principios de la libertad a Simón Bolívar, su más preclaro discípulo, como cualquier americano nuestro podría hablar de Martí o de Rodó, maestros todos ellos, teas por las que América existe. Un maestro en Chiapas, es un maestro en América, es lumbre de la enorme hoguera de la que ahora hablo.

Edgar Robledo Santiago se irguió maestro en Chiapas y desde ahí, y muy principalmente desde ahí, y desde ese momento, inició su servicio a la humanidad.

Fue Unamuno, pero ya antes la idea había rotado en los lúcidos pensamientos de otras épocas, y siguió girando después, Unamuno fue quien dejó asentado en nuestra era moderna que la universalidad nace de la raíz, desde el afianzamiento de lo uno particular, hacia lo general abarcador, hacia las infinitas elipses del universo. Si el hombre al que ahora me refiero fue un profundo chiapaneco, un profundo mexicano es lo que fue, un profundo e invaluable hombre de América, de nuestro momento histórico, un ejemplo para las generaciones que trabajan, que construyen el presente y el futuro de este ámbito que compartimos y al que llamamos patria.

Habría que preguntarse si hombres como el profesor Robledo Santiago se van para siempre o si en realidad son la semilla que hacen posible que continúe la tierra en movimiento. Los que le tratamos tan de cerca estamos seguros de que el profesor Edgar irá y vendrá por el planeta impulsado por el viento belisario, justamente, porque en la llama que le animó, latió siempre esa otra combustión sureste que se llamó para honra de los hombres de bien, Belisario Domínguez. Por eso, cada vez que decimos profesor Edgar, nos ennoblecemos con la surianidad de aquel hombre universal, don Belisario Domínguez, quien fue como una noble medalla en la mente y en el corazón del maestro Robledo Santiago.

Yo era ya adulto cuando mi madre me lo señaló un día y me dijo —tan chiapaneca también ella— ese, es un gran hombre... y mi madre nunca mentía.

El profesor Edgar vivió al lado de una gran mujer, la profesora Cristina Brindis, quien lo acompañó en sus episodios de mayor trascendencia; participó en instituciones de nuestra alta cultura, como la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística; sirvió a la niñez; militó en el sindicalismo; amó a su patria. Hombres como él vivirán por siempre mientras las obras de las altas almas persistan en el planeta.

Adiós, profesor Edgar Robledo Santiago, chiapaneco, mexicano, hombre del mundo; qué orgullo haberlo podido tratar en nuestro tiempo, de haber compartido una partícula de su grandeza, y poderlo llamar padre y hermano, casa y viento, poderlo llamar hombre, y poderle dar un fuerte y fraternal abrazo en este adiós agradecido que le damos con el corazón y con la palabra. Desde ahora, el viento belisario tiene un nombre más, Edgar Robledo Santiago. También viento, también tierra, agua, fuego.



LA PAZ PARA EL PROGRESO Y LA LIBERTAD DE MEXICO

Invitamos al pueblo mexicano al gran acto de Homenaje al
SR. GRAL. LAZARO CARDENAS
distinguido con el **Premio Stalin de la Paz**
El domingo 26 de febrero, a las 10 horas, en el Nuevo Teatro Ideal,
Serapio Rendón 15.

MOVIMIENTO MEXICANO POR LA PAZ
Av. Juárez 20 - 22.

...y los veneros del petróleo, el Diablo

La poetisa Aurora Reyes, mexicanísima ella, en una epístola que le escribe a Fuensanta, inscrita en el espíritu lopezvelardeano, después de advertirle: “Suave patria, ahí vienen otra vez los mercaderes”, le dice con transida ternura: “sabes que el territorio es un fino retablo/ que por treinta dineros / se está llevando el diablo”.

Aurora se refería a aquel pasaje de López Velarde en el que el zacatecano sabe —vate nacido de este barro nuestro— que a México el niño Dios le escrituró un establo/ y los veneros de petróleo... el Diablo. Y así, auxiliados con los oficios del poeta y de la poetisa-pintora entramos a deletrear las entrañas adoloridas de esta amarga madre que nos ha acunado con su ternura desesperanzada. Aurora Reyes y López Velarde nos presiden en la presente invocación. En aquellos años a los que he remitido estos renglones, de los veneros tales explicaba el entonces presidente, Lázaro Cárdenas, a la nación:

Las compañías petroleras han alentado casi sin disimulos ambiciones y descontentos contra el régimen del país cada vez que ven afectados sus negocios, ya con la fijación de impuestos o con la rectificación de privilegios que disfrutaban; han tenido dinero, armas y municiones para la rebelión, dinero para la prensa antipatriótica que las defiende, dinero para enriquecer a sus incondicionales defensores, pero para el progreso del país, para encontrar el equilibrio mediante una justa compensación del trabajo, para el fomento de la higiene en donde ellas mismas operan o para salvar de la destrucción las cuantiosas riquezas que significan los gases naturales que están unidos con el petróleo en la naturaleza, no hay dinero ni posibilidades económicas ni voluntad para extraerlo del vómen mismo de sus ganancias.

Tampoco lo hay para reconocer una responsabilidad que una sentencia le define pues juzgan que su poder económico y su orgullo les escuda contra la dignidad y la soberanía de una nación que les ha entregado con largueza sus cuantiosos recursos naturales y que no puede obtener mediante medidas legales la satisfacción de las más rudimentarias obligaciones.

Es por lo tanto ineludible como lógica consecuencia de este breve análisis, dictar una medida definitiva y legal para acabar con este estado de cosas permanente en que el país se debate sintiendo frenado su progreso industrial por quienes tienen en sus manos el poder de todos los obstáculos y la fuerza dinámica de toda actividad usando de ella no con miras altas y nobles sino usando frecuentemente de ese poderío económico para atentar contra la nación, por lo tanto el gobierno de México ha decidido rescatar el petróleo y recuperar para la nación ese recurso tan indispensable

Era el 18 de marzo de 1936. Entonces se dieron las más conmovedoras escenas de fervor patrio. Hubo el júbilo popular que lo avasalló todo; por fin se estaban dando los pasos para hacer de la soberanía un valor real, el país rescataba su historia con orgullo, con valor, con el gran regocijo de ser asiento de los mexicanos, seres dignos con la frente levantada hacia lo alto, hacia lo grandioso, que tomaban por fin el control de sus recursos naturales y se hacían dueños de su futuro. ¡Qué días de gloria vivió una patria!

La población entera, los del poder económico junto con los ciudadanos más humildes, se volcaron a cumplir con su cita histórica. Hasta el Zócalo, centro político de la nación, corazón social del gran país que ahora se rescataba, iba la gente para cumplir con sus donaciones y pagar la enorme indemnización a las empresas que vertiginosamente estaban dejando de serlo porque a partir de tales momentos la riqueza petrolera pasaba a ser patrimonio del pueblo mexicano. A los más humildes no les importó poner el reloj de marca barata, los aretes con apenas una capita de baño dorado, los objetos personales a los que se les consideraba algún valor, los ahorritos logrados después de innumerables privaciones y racionamientos, el cerdo o la gallina de una colectividad semirrural. El pueblo estaba rescatando la patria.

Así fue aquella gesta. Así respondió un pueblo que volvió a vivir su orgullo de pueblo, así se quitó el pan de la boca, con nobleza, para crearse un patrimonio y porque en aquel marzo de 1936 creyó una vez más en México, con una fe ciega en lo que le enseñaron que es su tierra, y en todo esto no importó que los veneros de petróleo nos los hubiera escriturado el Diablo.

Rosaura

Escribo estas líneas a las 05:40 de la mañana del día de hoy (martes 30 de abril de 1996), después del telefonema por medio del cual René Villanueva me ha informado que Rosaura Revueltas acaba de morir. El fallecimiento ocurrió en la ciudad de Cuernavaca en donde Rosaura vivía desde hacía ya bastantes años y en donde impartía clases de danza contemporánea.

En medio del sueño que se niega a abandonarme del todo configuro las dimensiones de la pérdida. Con Rosaura se va para México otro más de los Revueltas, gigantes de la cultura contemporánea, que perseguido y encarcelado en uno, pretendidamente soslayados en otros u obstaculizados en su carrera, como en el caso de la hoy desaparecida, se constituyeron con su existencia en la voz de la magnificencia y la dignidad de este país.

A Fermín, Silvestre, José, Rosaura, México no ha sabido darles aun el lugar que les corresponde, pero ellos amaron a México por sobre todas las cosas y lo engrandecieron desde la pintura, la música, la literatura, la coreografía, la dramaturgia, desde su arte y su cultura. Fueron los hijos luminosos de este pueblo, por él lucharon, por él crearon, y por esa lucha y por esa creatividad fueron marginados durante tanto tiempo.

Conocí a Rosaura durante las fiestas aquellas que en homenaje a Frida Kahlo y Diego Rivera hicieron durante muchos años Rina Lazo y Arturo García Bustos en su casa de Coyoacán. Era una mujer esbelta, morena, bellísima, impactante, que tras de sí traía toda la leyenda de los Revueltas.

Uno veía aquel rostro moreno, mexicanísimo, y pensaba de inmediato en aquellos tiempos en los que había filmado *La sal de la tierra*, cinta en la que se denunciaba la vida infrahumana que sufren los trabajadores mexicanos en tierras estadounidenses. La película fue de gran éxito en Estados Unidos pero aquí, —por gobiernos serviles que hemos tenido— se prohibió porque ofendía a un “país amigo”. El filme

también sirvió para truncar la carrera de Rosaura como actriz, una carrera que ya le había proporcionado grandes satisfacciones como la de que Bertold Brecht, en Alemania, mandara a sus actores a maquillarse para no discordar con el color de la piel de la actriz.

Y uno pensaba además que ese era el rostro, que ese era el cuerpo moreno de los que se había enamorado el compositor Paul Hindemith, también comprometido, también antifascista, antinazi, en los tiempos en los que Rosaura vivió en Europa actuando y bailando.

Tuve la oportunidad de tratarla personalmente con motivo de la visita a México del investigador holandés Juan Lechner, quien vino a dar a México varias charlas sobre la imagen que de Juan Rulfo se tiene en los países bajos. Lechner hombre de vasta cultura, se comprometió conmigo a llevar partituras de Silvestre Revueltas a las orquestas sinfónicas de Holanda. Por ello visité a Rosaura en Cuernavaca y ella de inmediato me proveyó de una buena cantidad de obras de Silvestre, entre las que se encontraban “La noche de los Mayas”, “Redes”, “Janitzio”, “El renacuajo paseador”, “El Tecolote”, “Dúo para pato y canario” y otras más.

Sin duda alguna, Rosaura Revueltas, autora del libro biográfico “Los Revueltas”, publicado en 1980, fue la más cercana a sus hermanos, a los que acompañó en sus luchas, y de los que estuvo al lado de sus posiciones políticas e ideológicas.

Recuerdo que cuando murió José Revueltas y lo fuimos a enterrar al panteón de La Piedad, frente a su tumba, prácticamente se desarrolló un mitin, y los que habían sido compañeros de celda del escritor (Martín Dozal, principalmente) expulsaron del sitio al entonces Secretario de Educación Pública, Bravo Ahuja, quien llevaba la representación oficial.

Una de las hermanas de Revueltas protestó por ese hecho y exigió respeto para el cadáver de su hermano; fue entonces cuando se levantó la voz de Rosaura, la compañera artística y política de sus hermanos y dijo con voz firme que si José Revueltas pudiera ver lo que estaba sucediendo estaría totalmente de acuerdo con ello.

Me avisaron hoy, en la madrugada, que acaba de fallecer Rosaura Revueltas. Pienso que con ella se va otra figura más de ese México grandioso, al que quizá todavía no le hemos tomado su verdadera dimensión, ese México, sabio desde lo nuestro, nacionalista, antifascista, en donde estuvieron nuestras mejores figuras, muchas veces las más perseguidas y ninguneadas, pero finalmente las más representativas en la historia de nuestra cultura y nuestras luchas sociales.

Rosaura Revueltas me despertó hoy con su adiós. Pienso que pertenezco a una generación que alcanzó a convivir todavía con ese México que se nos escapa de las manos. Hemos alcanzado a ser testigos de lo grandioso, de la existencia de una llama poderosa que va desde lo muy hondo mexicano, hasta lo muy hondo universal.

Ya amaneció. Terminó mi escritura. Desde mi tocadiscos se elevan las notas de "Redes", de Silvestre Revueltas.



Rosaura Revueltas



José Hernández Delgadillo

José Hernández Delgadillo: un olvido que es permanencia

Después de una larga enfermedad, con diversas complicaciones, en sus últimos días, falleció en su domicilio, en el centro de Coyoacán, en medio del olvido oficial, el pintor José Hernández Delgadillo, quizá el último exponente de un muralismo inspirado por las luchas democráticas, heredero genuino de una corriente desde la que combatieron artistas como Diego Rivera, David Alfaro Siqueiros, José Clemente Orozco, Fermín Revueltas, Xavier Guerrero, y tantos otros de similar nivel.

La saña de la burocracia cultural contra Hernández Delgadillo, pintor de sindicatos y universidades, pintor del 68, fue mucha, aún en sus últimos minutos, por eso fueron más sonoras, mayormente significativas, la notas de la Internacional, cantadas por un grupo de poetas y artistas plásticos, en el momento en el que el féretro que contenía los restos del pintor bajaba a la tumba en el cementerio de su pueblo natal, Tepeapulco, en el Estado de Hidalgo.

Dentro de tanto olvido por parte de la cultura oficial —quizá ganado a pulso por Hernández Delgadillo, hombre y artista íntegro que tanto despreció a la burocracia que maneja la cultura en el país, y que tanto luchó por la gente humilde y a favor de la organización de los trabajadores y de los espíritus independientes— habría que mencionar, sin embargo, que ya en sus últimos días de vida el Instituto de Cultura de la Ciudad de México, encabezado por Alejandro Aura, organizó un homenaje al artista en sus instalaciones de la Plaza de la Constitución, después de un reportaje hecho por *El Día* en el que se hablaba del abandono al que había sido sometido el creador y de sus precarios estados económico y de salud y en donde se relataba también un breve homenaje realizado por Beatriz Hernández Zamora, hija de Pepe, en su propio domicilio, enmarcado por una exposición montada en la sala y el comedor del departamento;

acto sencillo aquel, pero altamente significativo y para vergüenza de las autoridades culturales de México, en el que participaron los poetas Francisco Fierro y Jorge Solís Arenazas

Al homenaje del Instituto de Cultura, que consistió en una exposición de su obra y en las intervenciones de los poetas Leopoldo Ayala, Benito Balam y Roberto López Moreno, íntimos amigos y compañeros de lucha de Hernández Delgadillo y del compositor Gabino Palomares, así como de dos de los hijos del homenajeado, Francisco y Beatriz Hernández Zamora, artista plástico y sicóloga, respectivamente, hijos también de la pintora Beatriz Zamora, Hernández Delgadillo fue trasladado en camilla, en un estado verdaderamente desgarrador.

Así, en camilla, fue llevado a recorrer el montaje de sus cuadros y al final del difícil recorrido, Hernández Delgadillo quiso hablar al público ahí reunido; de su garganta sólo salieron indescifrables expresiones guturales. Fueron las últimas expresiones de un hombre que tanto había hablado en mítines y asambleas, y que ahora, de esta manera lamentable, se despedía para siempre de su gente. De estas escenas tan emotivas no se guarda memoria escrita, pues ningún representante de la gran prensa se dignó a estar presente. Así tratan las secciones culturales de nuestros diarios a los verdaderos artistas.

Como se ha dicho, Hernández Delgadillo falleció y fue velado en su domicilio en Coyoacán. Hasta ese lugar sólo llegaron sus amigos a rendirle el último adiós y el propio Alejandro Aura, con una corona florida. Ningún representante a nivel nacional de la cultura en México se dignó a estar presente. Por la noche se cubrió el féretro con una bandera que había servido para despedir también a otros artistas de tendencias democráticas igualmente olvidados en su momento por nuestra burocracia. Ahí entre humo de incienso y los cuadros del pintor, tocó varias piezas el cellista Thor Jorgen concluyendo con un corrido revolucionario y pronunciaron oraciones fúnebres los poetas Roberto López Moreno, Leopoldo Ayala y Benito Balam. Por la mañana, antes de salir al cementerio de Tepeapulco se presentó una comisión de pintores del Salón de la Plástica Mexicana. Nuevamente no hubo el testimonio de los periodistas.

Así con un grupo de amigos solamente, fue que llegamos a Tepeapulco, una población bellísima, en donde se encuentra arrinconado el tiempo. Se hizo una serie de guardias en la que fue la casa de los abuelos de Hernández Delgadillo. De ahí fue cargado el féretro hasta una explanada enfrente del palacio municipal, en donde las autoridades municipales realizaron un breve y significativo acto y luego el cortejo fúnebre, se echo a caminar por todas las calles de Tepeapulco con Hernández Delgadillo a cuestas, reintegrándolo a su paisaje primigenio, a su paisaje de inmensa y profunda mexicanidad, paisaje que cuando da artistas tienen que ser forzosamente como Hernández Delgadillo. Así se llegó hasta el cementerio de esta población.

Todo esto se hizo sin la presencia de la rabiosa y vengativa burocracia cultural, por eso, cuando el féretro bajaba a la última morada, un grupo de artistas y amigos entonaron la Internacional con más fuerza que nunca. Por eso fue que la Internacional sonó nítida y arbolada como nunca. Por eso la Internacional tuvo mayor significado que nunca.

Esta otra vez tampoco estuvieron los periodistas. Sus jefes de información no se enteraron.

** Meses antes de que ocurriera lo que aquí se narra un grupo de diputados había ofrecido la realización de un homenaje en la Cámara legislativa al pintor, con la publicación de un catálogo. Obviamente nada de esto se cumplió.*

La Morada de Paz

Siempre he sentido la necesidad de escribir acerca de la Morada de Paz; ha sido como una deuda a la que invariablemente le he sacado la vuelta. Hoy me lleno de ánimos y doy el primer paso de lo que debería ser un extenso artículo y que espero resumir en unos cuantos párrafos.

La Morada de Paz es como una leyenda que existió en el centro histórico de la ciudad de México, calle de Donceles, y que muchos recuerdan e incluso hasta han querido revivir en alguna otra parte... pero nunca sería lo mismo, sobre todo por “la ausencia de los ausentes”.

Esta es la historia. Por la década de los treinta el doctor Daniel Martínez Montes (odontólogo y bohemio), cambió su domicilio a otra parte de la ciudad y entonces su departamento de la Donceles, en la planta baja del vetusto edificio de reminiscencias coloniales, se convirtió en su consultorio dental.

Contaba él que había sido médico de Lázaro Cárdenas y que alguna vez don Lázaro sin escolta ni acompañante alguno llegó hasta ahí para que el médico lo atendiera. Era una clínica amplia en la que la sala-comedor se había convertido en una bonita estancia para los pacientes, rodeados de cuadros y pequeñas esculturas con motivos griegos.

El baño seguía cumpliendo sus funciones; la cocina servía para guardar ahí objetos relacionados con mecanismos odontológicos y una de las recámaras, perfectamente adaptada, era el sitio de los sacrificios, en donde el doctor se ensañaba con los mortales llenos de pavor que tenían que ocupar el aterrador sillón del dentista.

Pero había una segunda recámara, y ese era el gran secreto, solo para los iniciados; cruzar su puerta era penetrar al infierno... o a la gloria... según se quisiera ver... y esa era (en medio de la inocencia de los enfermos) la “Morada de Paz”, en donde se daba cita la vieja y

nueva bohemia de la ciudad de México, y de otras partes del país, cuando se venía de paso a la ciudad.

Era un cuarto con paredes llenas de cuadros (obras contemporáneas principalmente) fotografías y poemas, letras de canciones, recortes de artículos y otras mil expresiones perpetradas ahí, pues ahí, se daban cita cotidianamente periodistas, poetas, pintores, discutidores de política, de cultura, de religiones, con un eje en común, la botella de Bacardi que nunca faltaba en el centro de la mesa. A los lados de la mesa un largo sofá y varias sillas donde se arremolinaban todos esos ansiosos llenos de ideas deslumbrantes y acciones descabelladas.

A la Morada de Paz, a veces asistían unos, a veces otros, pero siempre había gente y ahí se podían encontrar los personajes más significativos en sus áreas, como Renato Leduc o un millonario a quien todos decían El Ja Já, porque siempre reaccionaba a carcajada limpia aunque lo que le hubieran dicho fuera una sonora mentada de madre. Su satisfacción con la vida era tal, que era eso, El Ja Já. De pronto se asomaba Magdalena Mondragón, de pronto Aurora Reyes, de pronto Blanco Moheno o su hermano el “Peporro” de una simpatía inigualable o Luis Alvelais Pozos (para jugar a los contrarios) u Othón Villela Larralde o Allán Rodríguez Toro o Severo Mirón o Alberto Domingo o Juan Helguera o Juan de la Cabada o José “Pepe” Alvarado o Gonzalo Martré o Miguel Guardia. A veces llegaron a pasar por ahí los poetas Salvador Novo y Efraín Huerta, el periodista Manuel Blanco, el cantante José Luis Caballero, el mitómano maravilloso Ramón Llarena y del Rosario, el dramaturgo Sergio Magaña o el subprocurador de justicia Franco Aguilar o el subsecretario de Educación Pública Ramón G. Bonfil o la poetisa erótica, ahora olvidada por todos, Pilucha Marroquín: *Te me prendiste, varón, a la cintura/ y por mis muslos resbaló tu esencia,/ tu gota de agua penetró mi entraña/ y volví maternal tu ligereza.*

Por cierto. Recuerdo. Un dirigente del Partido Comunista, Miguel Aroche Parra, estuvo preso cerca de seis años a causa de la huelga ferrocarrilera que estalló durante el gobierno de Adolfo López Mateos, uno de los presidentes más represivos que hemos tenido,

asesino del dirigente campesino Rubén Jaramillo, encarcelador del pintor David Alfaro Siqueiros.. (agregado al pie de página): En uno de sus viajes a México Pablo Neruda visitó a Siqueiros en la prisión. Al irse dejó al pintor unos versos que al instante se hicieron famosos en todo México: *Aquí te dejo con la luz de enero/ el corazón de Cuba liberada/ y Siqueiros, no olvides que te espero/ en mi patria volcánica y nevada./ He visto tu pintra encarcelada/ que es como encarcelar la llamarada/ y me duele, al partir, el desafuero./ tu pintura es la patria bien amada./ México está contigo, prisionero.* Cuando Aroche Parra salió de la Penitenciaría (El Palacio Negro de Lecumberri) su primer acto de libertad fue dirigirse a la Morada de Paz, como si al personal ahí reunido lo hubiese visto apenas un día antes. Guitarra en mano se pasó buena parte de la tarde cantando las canciones de José Agustín Ramírez: *Por los caminos del sur/ vámonos para Guerrero/ porque le falta un lucero/ y ese lucero eres tú.*

En ese lugar, como jugando jugando y entre sorbo y sorbo, se escribieron canciones que luego fueron famosas y las escuchábamos en la calle o en las estaciones de radio, como Tu ausencia de Alberto Elorza u Hoy ya me quedé sin fe de Javier Ruiz Rueda o aquella de Pepe Camarillo que decía: *los aztecas te formaron, luego fuiste colonial, de España te conquistaron pero nunca te quitaron tu cielo primaveral...*

Los cuadros que lucían en las paredes eran primordialmente de los pintores asiduos (a todos los que asistían con mayor frecuencia se les llamaba los “moradores”) y entre esos pintores “moradores” estaban Carlos Humberto Valencia “El Vale”, Manuel González Serrano (Sus restos...Rotonda de los Hombres Ilustres en Guadalajara), Carlos Vargas Solana, Diana D’Ayrel, Aurora Reyes, Leticia Ocharán y tantos otros, como los caricaturistas RAM y Elías López Aguado y el pintor salvadoreño Tuno Alvarenga.

Los poetas también adornaban las paredes con obras que se hacían en el mismo lugar, mientras se discutía o se bebía. Recuerdo que en un cumpleaños del doctor Martínez Montes el poeta Juan Bautista Villaseca y yo le escribimos este soneto, que a partir de entonces permaneció, manuscrito por ambos, en una de las paredes. Todo mundo llevaba qué decir, qué hacer, qué escribir, qué contar,

qué cantar. Para esto último siempre estaba, como en el viejo tango, colgada de un clavo la guitarra. Y ahí no eran pocos los que la hacían de genios del encordado.

Uno de mis recuerdos más emotivos fue cuando el poeta de corte vernáculo Juan García Hernández, quien en su juventud había sido petrolero, nos platicó cómo había sido la expropiación petrolera. Nos habló del ambiente que en esos momentos se vivía en el país, de cómo el pueblo, la gente más humilde, contribuyó con sus pertenencias, con verdadero fervor patriótico.

Entonces —nos contó García Hernández— el Presidente nos llamó a los obreros y nos dijo, las empresas extranjeras se acaban de largar y se llevaron como venganza a sus técnicos y a sus ingenieros, su instrumental, todo, ¿se sienten ustedes capaces para echar a andar todo esto a las 12 en punto de mañana? Todos pasamos saliva pero al final dijimos que sí. Junto con los ingenieros se habían llevado herramientas y maquinaria clave. Entonces se inició el gran capítulo, con tubos, alambres y mil objetos más, empezamos a darle rienda suelta al ingenio que dicen que el mexicano tiene ante las carencias, todo esto en medio de una gran tensión; se amarraba aquí, se martillaba allá, se atornillaba más allá, utilizábamos varas de metal para medir intensidades por medio del oído, teníamos un compromiso y no nos íbamos a rajar ni a quedar mal. Todo era tensión, pero de pronto, a las 12 en punto, como había sido el compromiso con el Presidente, los silbatos de PEMEX empezaron a cantarle al cielo; la habíamos hecho, le habíamos cumplido a México, y empezamos a gritar y a saltar en medio de la algarabía general y perfectamente nacionalizada

Cuando García Hernández terminó de contar totalmente emocionado, tenía los ojos llenos de lágrimas. Nosotros también.

En la Morada de paz todo podía suceder. De vez en cuando llegaba un sujeto muy elegante al que le decían El Tigre Maldonado. Siempre bien vestido, de buen porte, se ponía a declamar en inglés, en francés, en alemán, en chino; era impresionante aquello, pero junto con sus poemas en varios idiomas también cargaba un pistolón que sacaba al menor pretexto bajo el argumento de “a un poeta se le respeta cuando está hablando”. Los que lo conocíamos bien sabíamos que nunca

pasaban las cosas a más con él, sólo era su desplante al que ya estábamos acostumbrados. Había otro sujeto al que nunca recibíamos con afecto porque nos echaba a perder nuestras reuniones. Lo conocíamos como El Toteco Valdés. Llegaba hecho un caballero, se servía una cuba, era todo amabilidad, pero bastaba con que se sirviera la segunda para convertirse en un energúmeno y empezaba a gritar a diestra y siniestra: “ratas”, “malditas ratas”.

Los “moradores” cotidianos conocíamos a esta gama de personajes aunque ellos no necesariamente se conocieran entre sí. Un día llegó el Tigre Maldonado para decirnos sus poemas en chino, pero esa vez, cosas del destino, vimos angustiados como entraba por la puerta la inmensa figura del Toteco Valdés. ¿Qué iba a pasar? Mientras el Toteco, caballeroso, como siempre, se sirvió su primer vaso, El tigre Maldonado empezó a declamar a Li Po. Los demás estábamos a la expectativa. El Toteco se sirvió el segundo vaso y después del segundo sorbo le gritó al que declamaba: “¡Cállate, rata!”. El Tigre, desde el otro extremo del cuarto sacó el pistolón: “a un poeta se le guarda respeto”. Entonces el pintor Carlos Humberto Valencia aprovechó el momento para hacer “teatro” y darle una lección al Toteco. Se interpuso entre el de la pistola y El toteco, que estaba sentado en un sillón en el otro extremo, de tal manera que el pintor quedaba de frente al Tigre, con los brazos abiertos, y dando la espalda al Toteco. El pintor empezó a gritar: “No Tigre, no dis pares, no vale la pena que te manches las manos por un imbécil, no Tigre, por favor, no lo hagas... y tú, pinche Toteco, no me agarres las nalgas, hijo de...”

A veces llegaba don Mario Reza, “El papi” Reza, quien nos platicaba desde su cabellera perfectamente emblanquecida, sus aventuras con Pancho Villa. A veces llegaba Raúl Cosío, a hablarnos de sus experiencias cuando la campaña presidencial de Henríquez Guzmán.

Una vez arribó un personaje que me llamó la atención desde que cruzó la puerta. Atrás de él entró muy orgulloso el doctor Martínez Montes para presentarnos al viejo “morador” que los nuevos no conocíamos. Se trataba del periodista Dantón de los Ríos, de quien yo había oído hablar mucho, ya casi como una leyenda.

Respetuoso me puse de pie saludándole: “mucho gusto, don Dantón y él de inmediato respondió: “quítale el don, que suena como campana, grandísimo cabrón”.

Si me pusiera a hacer una lista de la gente que conocí ahí, sería interminable. A cualquier parte del país al que fuéramos siempre nos encontrábamos a alguien que había sido “morador” o que por algún motivo había estado en la Morada de Paz durante su estancia larga o corta en la ciudad de México.

En una lista de nombres que recuerde a vuela pluma estarían Gloria Grace, siempre presumiendo de su amistad con Álvaro Carrillo y cantando como nadie sus canciones; Patricia Moynes, doctora en sicología, de una belleza excepcional, esposa de Luis Rey, uno de los sabihondos de aquella vastísima tribu; Eve Gil, periodista de una gran simpatía; Ramón G. Bonfil, en ese entonces Subsecretario de Educación Pública, Pancho Liguori...

Citaré también al Fóforo Vallados, para entonces presidente de un municipio veracruzano pero que en su juventud se había visto envuelto en aquel episodio de las luchas por la autonomía universitaria en las que había muerto un bombero; Beto Castillo, de una voz increíble, cuya gran ilusión era ser algún día un famoso cantante profesional. Una vez llegó muy emocionado y nos dijo que por fin un gran amigo suyo había sido ya admitido para cantar en el Teatro Blanquita y nos invitó a irlo a saludar a su camerino. Aquel señor, aun no tan conocido, se llamaba Vicente Fernández, de voz medio ronca, quien recibió de muy mala gana a su entusiasmado amigo y casi nos corrió de su reducido y maloliente camerino; Adela Palacios, escritora que había sido esposa ni más ni menos que del maestro Samuel Ramos; el vate Vázquez Méndez, autor de los libretos del Teatro Blanquita, Ricardo Magaña, jovenzuelo fotógrafo y pintor y tantos más y más, y todavía más y tan más, que es imposible seguir rememorando.

Sólo quisiera recordar una última anécdota para hacer el elogio del doctor Daniel Martínez Montes, hombrón de medidas desmesuradas. Resulta que entre los poetas que iban a la Morada, el más destacado, hecho admitido por todos, era Juan Baustista

Villaseca, para mí, uno de los grandes genios de nuestra poesía actual, olvidado injustamente (*Para decirte adiós no me cabría/ la sílaba del mar ni del pañuelo/ ni la descalsa carabela en vuelo/ de la alondra polar de la agonía...*). Villaseca siempre andaba en las últimas y así en las últimas murió.

Quién sabe por qué, quizá por su obligada dependencia buscaba la cercanía con un poeta mucho menor en talento, Luis Alveláis Pozos, personaje malgeniudo pero dueño de un gran sentido del orden. A él le confió Villaseca la mayor parte de su obra. Cuando Villaseca falleció se habló de hacer una antología con su obra, contribuyendo todos con el material que tuviéramos de él. Ya sabíamos que el gran depositario había sido Alveláis. Empezaron a pasar las semanas, después los meses, y después los años, y siempre había un pretexto para que el libro no se hiciera. Entonces, desesperado, hablé del asunto con el doctor Martínez Montes, que así como era, de un cuerpo inmenso, de ese mismo tamaño tenía el corazón.

“Junta lo que tengas —me dijo— y hoy mismo hablo con mi hijo para lo del papel”. Su hijo trabajaba en algo de la industria editorial y conocía a quién nos podía dar buen precio para el papel y la impresión. Con esfuerzo se logró hacer el libro, apenas 200 ejemplares, con ilustraciones de Mario Orozco Rivera y Letica Ocharán. Y se acabó el mundo. Montado en cólera Luis Alveláis junto a un grupo de incondicionales suyos, empezaron a hacer tremendas declaraciones. En la sección de cultura de Excélsior, por ejemplo, se pedía en titulares de ocho columnas, que fuera yo procesado por disponer de una obra ajena que hasta incompleta había sido publicada. Martínez Montes tuvo que llamar a la Morada a los reporteros de Excélsior, Angelina Camargo y Eduardo Camacho para explicarles todo, y ellos, gentiles y profesionales, comprendieron la situación.

Una de tantas tardes, como si nada hubiera pasado, llegó Luis Alveláis a la Morada. Nada más se percató Martínez Montes de su presencia y lo corrió a grito pelón delante de todos “¡Lárgate de aquí inmediatamente! ¡Aquí no caben los traidores!”.

Otra vez —para hablar de cosas más agradables— era cumpleaños de Aurora Reyes, Martínez Montes lo supo de alguna manera y la “obligó” a estar en la tarde en la Morada. Cuando Aurora entró, “Ponchito”, el que todas las tardes rondaba cantando en las cantinas de la zona, empezó a cantar “las mañanitas”, acompañado por un cilindrero levantado del rumbo. Acto seguido, le dijo el doctor a la homenajead: “Te pedí que vinieras sin falta hoy, porque quería obsequiarte este ramo de flores. El ramo de flores eran poemas dichos y escritos para ella por Juan Bautista Villaseca, Othón Villela Larralde, Adela Palacios, Sergio Armando Gómez y yo.

Cuando falleció el doctor Martínez Montes me vi obligado moralmente a escribir un poema para decirlo a la hora en que bajarán sus restos a la tumba. Siempre he sido tímido en extremo. El ataúd empezó a descender lentamente al oscuro socavón y yo me quedé apretando el poema en el fondo de mi bolsillo. Nadie se enteró de su existencia.

Cosas muchas pasaban en la Morada de Paz, buenas y malas (más buenas, naturalmente). Se hizo poesía ahí, y ahí se pintó, se hicieron artículos periodísticos que veíamos al otro día publicados en los diarios, se hicieron canciones y se cantaron... y se puede decir que todo el México bohemio de la época pasó alguna vez por ese cuartito de las calles de Donceles.

Y así se podrían seguir llenando y llenando páginas sobre esa Morada de Paz donde el que menos o más llevaba su astilla de luz o llegaba dando traspiés porque les sangraban los pies bajo el peso de su cruz.

El pavor a los *pavorosos*

Fue en un rincón del viejo cuadro de la ciudad en donde se escribió esta historia, llena de “pavor” porque pavorosos fueron los autores de este capítulo dentro de la vida cultural capitalina. Se trató de un grupo de intelectuales que se amaron y se odiaron tanto al mismo tiempo, que de ellos mismos no dejaron títere con cabeza.

Fue un agudo periodista tabasqueño, Manuel González Calzada, fallecido hace ya algunos ayeres, quien se dio a la tarea de rescatar las anécdotas cabulescas que se suscitaron entre la gente de este grupo y todo ello en el seno de aquel antiguo Café París, testigo de todas estas cosas, que en aquel entonces causaron profundas heridas en el alma de los diferentes “esgrimistas” mentales, pero que ahora nos regocijan, quedando a la vista el ingenio pero ya desprovisto por efectos del tiempo, del agujijón venenoso.

El Café París, refugio cavernario de los *Pavorosos* se encontraba en las calles de Dante, posteriormente cambió su domicilio sobre esa misma calle, haciendo casi esquina con Cinco de Mayo, describiendo más bien una escuadra con su otra salida por las calles de Filomeno Mata, frente al Club de Periodistas; en medio, capturada por esas dos entradas, queda el espacio de la cantina La ópera.

En sus dos locales desfiló a su debido tiempo lo más granado de la intelectualidad mexicana, revuelta con una bohemia a veces alcohólica, a veces nada más cafetera, que de alguna manera poseía el pulso de una nación gestando sus nuevas generaciones de creadores.

La lista de los que hicieron ese tiempo y la fama de *Los pavorosos* es interminable: por citar a algunos cuantos habría que recordar a Rubén Salazar Mallén, don Ermilo Abreu Gómez, José Muñoz Cota, Aurora Reyes, Adela Palacios, Magdalena Mondragón, Concha Michel, “El tlacuache” César Garizurieta, Andrés Henestrosa, Rafael Arles, Teorodoro Arriaga “El Conejo”,

Severo Mirón, Margarita Paz Paredes, Silvestre Revueltas, Samuel Ramos, Salvador Novo, Abelardo Avila, Renato Leduc y tantos otros...

Los pavorosos, artistas de todas las disciplinas, filósofos también, periodistas y alguno que otro vago simpático, se hicieron famosos por su continuo derroche de ingenio, por su sentido satírico, por sus ironías y a la par por sus formas toscas de herir al prójimo... pero también por su indiscutible e inconmensurable talento a toda prueba.

Por ejemplo: una riña entre Salvador Novo y Luis Spota se resolvió después de una incontestable cuarteta que Novo le endilgó al escritor y periodista quedando así cerrado el pleito. La cuarteta venenosa decía: “Este grafococo tierno/ lleva por signo fatal/ por apellido paterno/ la profesión maternal: Spota”.

A parte del libro escrito por González Calzada llamado *Café París*, en el que aborda las hazañas de *Los pavorosos*, los acontecimientos que se daban diariamente en aquel ámbito, provocaron que muchos cronistas y reporteros de esa época y de tiempos posteriores hayan escrito páginas brillantes recordando lo que fue aquella realidad plagada de humor e ingenio, pero también de muchas ganas de dejar al cristiano adjunto mal parado, mascullando venganzas y rencores ante la broma sangrienta de la que había sido objeto.

Paralela a la existencia de la fama de *Los pavorosos*, en el *Café París* corrió la de la Morada de paz, presidida por el odontólogo Daniel Martínez Montes, un robusto bohemio que tenía un corazón del tamaño de su voluminoso cuerpo, y a quien sus amigos conocían también con el sobrenombre de *El Exodonte*.

Casi se podría decir que el material humano que abarrotaba el *Café París* era el mismo que asistía a la Morada de Paz, consultorio de Martínez Montes que se encontraba en las calles de Donceles, a un costado de donde se encuentra actualmente una parte de la Cámara de Senadores.

Los chismes que se fabricaban entre *Los pavorosos* en el *Café París* iban a rematar su veneno en el cuartito de Donceles y viceversa. Así fue como la vida de los dos sitios quedó íntimamente ligada teniendo como eje carnal la bohemia de la época.

En cierta ocasión, ante al abuso de alguno de los asistentes, Martínez Montes, contrariamente a su forma de ser, montó en cólera y corrió a todos de su consultorio. Los expulsados asumieron el enojo del odontólogo iracundo y decidieron no volver a poner un pie en el consultorio de donde habían sido tan violentamente arrojados.

El doctor Martínez Montes, pasado ya el coraje, esperó una tarde tras otra a que regresaran sus amigos, pero no fue así y la tristeza le fue invadiendo. Antes de cumplirse un mes de aquel su enojo, los que cuentan la anécdota vieron la enorme figura del Exodonte entrar al *Café París*, sentarse ante una mesa, y colocar humildemente sobre ella un cartelón que decía con letra garrapateada: “Se solicitan bohemios. Morada de paz”.

Entre *Los pavorosos* se diseñaron bromas que pudieron haber desembarcado en asuntos terribles, como cuando se decidió lanzar la candidatura del muralista y poeta Pedro Rendón a la presidencia de la República, para burlarse de la candidatura formal del licenciado Miguel Alemán.

Si Miguel Alemán llegaba a algún sitio sobre un carro descubierta y entre bandas de música (y de las otras) para promover su campaña electoral, al otro día llegaban las huestes de Pedro Rendón, montado éste sobre un burro trasijado y pronunciando el discurso correspondiente que algún humorista de *Los pavorosos* (eran muchos) había escrito una noche antes.

“Pueblo de México —decía Rendón haciendo equilibrio sobre el triste y paciente burro— si llego a ser presidente de la República les prometo mandarles a instalar un atoleoducto, esto es con el fin de que no les vuelvan a dar atole con el dedo”.

La broma fue subiendo de tono hasta que un buen día aparecieron en la vida de Pedro Rendón unos hombres mal encarados, vestidos de negro, pistoleros eran que se llevaron al candidato a una de las márgenes del Gran canal y ahí le amenazaron con darle muerte si no abandonaba su campaña presidencial, porque el señor licenciado no estaba dispuesto a seguir tolerando más burlas.

Entre el *Café París* y la Morada de paz deambulaba Aurelio Ballagas El fóforo, personaje que se había hecho famoso porque

durante las luchas para alcanzar la autonomía de la Universidad, él, jefe de grupos que corresponderían a lo que ahora conocemos como “porros”, había dado muerte a un bombero que comandaba a una escuadra de elementos que con hachas y mangueras atacaban lo que era la Facultad de Medicina, en Santo Domingo. Ballagas, molesto por la agresión salió del inmueble, abrazó al bombero en jefe y éste expiró lánguidamente entre sus brazos.

De Donceles al Café París llegó un día, por primera vez, El fóforo Ballagas. Los pavorosos se encontraban en esos momentos en una de sus “tenidas”. Estaban pasando lista: “Adela Palacios... (y un coro de ángeles respondía) Que chingue a su madre...; Salvador Novo... (y otra vez el coro) Que chingue a su madre...; Concha Michel... Que chingue a su madre...; José Muñoz Cota...

Cuando el que pasaba lista llegó al nombre del nuevo miembro del grupo, Ballagas se levantó ofendidísimo y amenazante, empuñando un revólver, dijo: “A mí nadie me mienta la madre”. Esto ocasionó que en lo sucesivo, cuando se llegaba a su nombre, el coro celestial guardara silencio. Pasando apenas unas semanas de aquella “muerte civil”, cuando el de la lista llegó al nombre de Ballagas, este se levantó violento y gritó: “Y a mí por qué no me mientan la madre, cabrones”.

Entre *Los pavorosos* conocida era la anécdota protagonizada por Andrés Henestrosa y el compositor Carlos Chávez, hecho que corrió de boca en boca y que años después recogiera en su libro González Calzada. A mí me la había relatado Aurora Reyes.

Un día, al pasar Carlos Chávez en frente del *Café París*, Andrés Henestrosa, con toda la “buena intención” del mundo, le dejó caer un lapidario: “Adiós Beethoven...” Chávez, iracundo como siempre fue, regresó sobre Henestrosa propinándole una golpiza de antología.

Frente a aquella ira inextinguible del músico intervinieron los policías y llevaron a ambos a la barandilla de la delegación que estaba en las calles de Victoria. Al ver el agente del ministerio público el estado en el que había quedado Henestrosa preguntó a éste qué cosa tan grave pudo haberle hecho al otro señor —que todavía bufaba de ira— para que lo hubiera puesto en tal estado.

Henestrosa respondió lloriqueón: “nada, señor agente del ministerio público, mire usted nada más como me puso solo porque al pasar enfrente al *Café París* le dije: “Adiós Beethoven”. El ignorante funcionario quedó extrañado y Henestrosa inmediatamente agregó: “si esto me hizo este señor, ¿se imagina lo que me hubiera hecho Beethoven si al pasar le hubiera yo dicho ‘adiós Chávez?’”.

Hay otra historia que tiene que ver con el mundo selvático y que platicaba con regocijo Manuel González Calzada. Resulta que una vez apareció por el *Café París* un sujeto extravagante, vestido como si fuera de cacería. Alguien le preguntó por qué llegaba ataviado de esa manera tan ridícula y él respondió que de ahí se iría a cazar leones a la Sierra del Ajusco. El preguntón le dijo con burla que en el Ajusco no había leones. Y entonces, uno discutió que sí y el otro que no. Se fue juntando la gente, todos “pavorosos”.

La pugna llegó a su momento cúlmine cuando el “cazador” propuso una apuesta. Al siguiente lunes él llegaría al *Café París*, a las 12 horas en punto con un león vivo. Muchos se burlaron pero la apuesta quedó tazada por una muy buena cantidad de dinero, con jueces de por medio y muchos curiosos. Ese lunes, a las 12 en punto, llegó el primer apostador, esperando con satisfacción lo que sabía que inevitablemente iba a suceder. Se empezaron a juntar también los curiosos mientras en el centro lucía el monto de la apuesta, billetes muy bien empacados... Tres minutos después arribó el supuesto “cazador” acompañado de otra persona, desconocida para los presentes. “Señor –dijo el contendiente– quedó que el día de hoy usted se presentaría aquí con un león vivo y todos vemos que no ha cumplido”. Dicho esto se lanzó sobre el cerro de billetes. “Momento, gritó el opositor dirigiéndose a todos, y señalando a su acompañante les dijo: “les presento al poeta León de la Selva, quien acaba de llegar de Costa Rica”. Entonces fue él quien se avalanzó sobre los billetes... “Momento —volvió a argumentar el otro— en la apuesta se dijo que traería un León vivo y yo conozco muy bien a este señor, es un pendejo” y volvió a apropiarse de aquel hartito monetario.

Las anécdotas que surgieron al interior del grupo de *Los pavorosos* son interminables. Entre ellos todos los días se desarrollaban auténticos duelos de ingenio y de muy bien cumplidas “perversidades”.

Parte de ellos era la misma gente que iba a la Morada de paz, sitio que se encontraba a apenas tres cuadras, en la calle de los Donceles Al poco tiempo empezó a funcionar, casi en frente, el Club de Periodistas, en la calle de Filomeno Mata, con casi la misma clientela, por lo que al recuento de los tres lugares se le llamó El triángulo de las Bermudas. El que caía en él no salía ileso.

Aquí abro un paréntesis.

Una noche discutía yo con el periodista Roberto Rodríguez Baños en el interior del Club de Periodistas. Por sus ideas políticas Rodríguez Baños era mejor conocido como el Tovarich. Habíamos ido desde Lenin hasta Flores Magón, de manera que lo que se había iniciado a las seis de la tarde se había extendido hasta la una de la madrugada. Cuando nos dimos cuenta de la hora decidimos retirarnos de inmediato.

En la esquina de Filomeno Mata y Tacuba aun existe un jardincito apenas preservado por unos endeble alambes. El Tovarich dijo “ya es muy tarde y no voy a llegar a mi casa con las manos vacías”. Acto seguido saltó los alambres para hacerse de un ramo de flores. En eso se abrieron las puertas de la cantina La Ópera para que salieran los borrachos rezagados.

Un sexto sentido me hizo adivinar la agresión que se iba a suscitar. Malas palabras a todo volumen en esa hora, en una angosta calle ya desierta, un vaso que se estrella sobre el piso. Todo era signos de una futura e inmediata violencia. Pero el Tovarich no se apuraba a integrar su ramo, sobaba con ternura los pétalos desatendiendo las sombras hostiles que se aproximaban. Cuando por fin saltó el alambrado ya estábamos rodeados por esas sombras hostiles. El pretexto para la agresión fue: “Por qué están cortando las flores de la ciudad, hijos de...”

Estábamos perdidos. Nos pusimos espalda contra espalda. El Tovarich apretando el ramo contra su pecho. El círculo se cerraba sobre nosotros. apreté los ojos esperando ver las estrellass de adentro en cualquier momento. En los segundos antes de recibir lo que sería el primer golpe devastador se oyó la voz del Tovarich, quien siempre había tenido una voz engolada y usaba desde siempre un lenguaje grandielocuente: “¡Deténgase maldito. Usted me pone sus sucias

manos encima y yo lo cruzo con el ardiente florilegio de este ramo cual si fuera una lanza vengativa en contra de sus absurdos y estúpidos molinos de viento...”

...Silencio...

De pronto, rompiendo el silencio y las sombras de la noche se escuchó una voz con marcada entonación de barriada: “Újule manito, mejor vámonos. porque estos ojetes.... hasta poetas salieron...”

Rafael Bernal, el viejo Arles, Silvestre Revueltas, Salvador Novo, Pilucha Marroquín, Adela Palacios, Salazar Mallén, Pedro Rendón, Raymundo Ramos, Carmen de la Fuente, Juan R. Campuzano... Ahí queda una historia imborrable que continuará hablando por un México que sigue muy presente en nuestras vidas. De estos intelectuales cabulescos todavía se escuchan las voces, que podemos reconocer nítidamente.

Recordando a Julia Alfonso

El que durante años había sido domicilio del canto y el poema, ahora, con el ataúd en el centro, se reafirmaba domicilio del canto y del poema. Y es que la misma noche del día en el que falleció Julia Alfonso, sus amigos, los que se juntaban en torno de ella para hacer el tiempo de la canción y el verso, estuvieron ahí presentes, una vez más, para despedir la vida con la vida.

Aquello fue digno de una portentosa crónica periodística, fue algo inusitado e inolvidable, que se estaba dando en la ciudad de México en esas horas, en esa noche, pero no estuvieron presentes los periódicos ni las cámaras ni los micrófonos para dar fe de aquello (así son de insensibles los medios cuando no se trata de actos oficiales), aquello solo quedará para siempre en la memoria de los que fueron testigos y actores al mismo tiempo, de los que habíamos ido a dar el último adiós a un fragmento de nuestra propia existencia, a una partícula de México, de Chiapas, que se iba, que se desgarraba de nuestro cuerpo y nuestra alma, partícula que nunca más volveríamos a vivir.

Frente al féretro, en el interior de aquel departamento de La Condesa repleto de gente, desfilaron trovadores con sus instrumentos llenos de vitalidad, cantantes famosos y no famosos, hermanados todos en la misma frecuencia de la despedida; poetas que escribieron versos para Julia o que repetían los poemas que a ella más le gustaban; cuerpos humanos inventando de nuevo la danza contemporánea en el reducido espacio; los alabados desde gargantas de la raza, danzas e incienso de los concheros penetrando hasta los huesos; Amparo Montes enjugándose una lágrima, Felipe Galván estremecido frente a los sucesos; Manuel Blanco ya en sus últimas, ya sin vista, ya sin una de sus piernas, despidiéndose también él, sobre la silla de ruedas que muy pronto abandonaría; Carlota Villagrán con su sonrisa convertida en gesto transido; Jorge Delecé director de la orquesta de la ópera y

su esposa, la bailarina Irma Payán; una alumna de Julia que había llegado ahogada en sollozos desde Ciudad Juárez para despedir a su maestra, Benita Galeana. Y la música. Y el poema. Y la Julia, repitiéndonos que música y poema son eternos.

En la casa de Julia Alfonzo nos encontramos y conocimos todos. Precisando: muchos nos vimos por primera vez ahí y aunque bastantes otros ya nos conocíamos, fue en el inolvidable departamento de La Condesa, en el Distrito Federal, en donde amacizamos la amistad (putísima madre con epazote). Y cómo no, si en el interior había poesía, teatro, narraciones, canción. Y cómo no, si había flauta, guitarra, piano, jaranas. Y cómo no, si había discusiones de arte, cultura, periodismo, política. Y cómo no, si había vodka, ginebra, ron, comiteco. Y cómo no.

Todo esto viviéndolo en serio, en broma, haciendo reinar junto con la sabiduría, el interés, la puntualidad del pensamiento, el buen humor, el desenfado, el anecdótico feliz, las ocurrencias, la antipedantería.

En la casa, en la risueña casa, en la inolvidable casa de Julia Alfonzo, ella, de quien había oído hablar, en algunas ocasiones desde los entusiasmos de Polo Borrás, en otras muchas, desde los decires de personajes que ya ni siquiera recuerdo Allí conocí a Ofelia Ascencio (su hija), Flor Esponda, Flor Alfonzo, Pepe González Márquez, Esteban Escárcega, Silvia Mariscal, Claudio Obregón, Rafael Liévano, Jesús Sánchez, Margarita Isabel, Sergio Magaña, Pilar Souza, Carlos Olmos, Mario Leyva Escalante, Martha Aura, Martha Verduzco, Mónica Serna, Irma Lozano, Pilar Pellicer, Angelina Peláez, Hilda Lorenzana, etc., y alguno que otro “representante” de la Morada de Paz.

Ahí, entre grandes carteles (programas de teatro en español algunos, en serbio otros), entre cuadros, pequeñas esculturas, versos pegados a la pared, adornos provenientes del folklor de varias partes del mundo pero sobre todo yugoslavos y chiapanecísimos, nos volvimos a encontrar y a tratarnos con mayor frecuencia Arturo Guzmán y su Eva, Anastasia Guzmán (casi una niña), Jaime y Julio (su hijo) Sabines, Amparo Montes y su hermana Nely, Octavio “Tavo” Gordillo, Ludmila Martínez, Ana Ofelia Murguía, David Haro, Tehua, Dolores Montoya, Socorro Cansino, “El negro” Ojeda, Susana Alexander, Abigael Bohórquez, el poeta afropanameño Ramón Oviero, Sonia

Linar, Esther Echeverría, Alejandro Bichir, Maricruz Nájera, madre de los actuales Bichir, Helia Fuente, Juan Bañuelos, Carlos Bracho, Mario Orozco Rivera, Paco Huerta, las hermanas León (Emma, Margarita y Eugenia), los hermanos Agustín y Antonio Duvalier, Alejandro Aura, María de la Luz Zendejas y otro largo, larguísimo etcétera.

Pero, regresando con mucho el almanaque, recuerdo que quien me llevó a conocer a Julia fue la poetisa y pintora Aurora Reyes, amiga y compañera de los grandes pintores que crearon la escuela mexicana de pintura (conservo entre mis papeles correspondencia de ella con Siqueiros, Diego Rivera y sobre todo con su “querida hermana” Frida). Fue Aurora Reyes la que una vez me preguntó en el Club de Periodistas: “¿Pero cómo, tú chiapaneco, no has estado nunca en la casa de Julia Alfonso?”. Le respondí que había oído hablar mucho de ella, pero que no había tenido aún la oportunidad de conocerla. Entonces Aurora me dijo: “Ningún chiapaneco que se precie de serlo y que viva en la ciudad de México puede decir que no ha estado por lo menos una vez en la casa de Julia”.

Al conocer Aurora mi deseo de subsanar de inmediato esa falla en mi existencia, determinó: “esta misma noche vas a conocer a Julia”, y esa misma noche la conocí. La que iba a convertirse en una de las más queridas e inolvidables amigas de mi vida, nos recibió en una silla de ruedas, enyesada en diferentes partes del cuerpo, pues había sufrido un grave accidente automovilístico a su regreso del estado de Veracruz a donde había ido a cumplir alguna función de teatro, creo.

A mí me llevó Aurora Reyes; yo, a mi vez, con los años, ya con Julia totalmente repuesta de su accidente, terminé llevando a un vastísimo batallón de personajes, algunos para bien, otros para... no tanto. Oscar Wong, por ejemplo, Joaquín Vázquez Aguilar, Ysabel Gracida, Manuel Blanco, Manuel Gutiérrez Oropeza, Leticia Ocharán, Leonardo Velázquez y hasta un biólogo, Salvador Ávila Beltrán, ya fueron aportaciones de mi larga lista. Gente de verso, gente de guitarra, gente de cantada, gente de conversaciones amenas, de piano fino o teclado callejero, gente que sabía del manejo de los colores y las formas y del idioma de los cuerpos sobre los escenarios, gente inventando la vida cada día.

Aquí se mezclaban los diferentes ánimos y disposiciones, las diversas habilidades, en un enorme catalizador de nuestro tiempo. Eran las épocas del folklor latinoamericano. Cuando llegaba algún figurón de ese movimiento artístico a México, tarde o temprano “debutaba” en la casa de nuestra amiga. Así pasó con muchos, así ocurrió con Alfredo Zitarrosa, con el que llegamos a compartir varias noches de bohemia hasta que sucedió aquello... Resulta que una noche Zitarrosa cantaba sus éxitos más aplaudidos (*Yo no canto por voz, te canta la zamba/ y dice al cantar no te puedo olvidar...*), se convirtió en el centro de la reunión esa noche, lo que molestó un tanto a Jaime Sabines acostumbrado a ser el centro en la mayoría de los casos por los mimos que Julia le prodigaba. Un tanto celoso y con algunas copas encima se acercó Jaime al cantor y le dijo: “oiga Zitarrosa, lo he estado observando toda la noche y lo veo muy formalito, muy arregladito, muy como acartonadito, no Zitarrosa, la vida es de otra manera, apréndase a mandar un poco a la chingada”. Zitarrosa no respondió a la provocación, solamente se llevó las manos a la cabeza y le dijo a la anfitriona: “Julia, mi jaqueca, un taxi por favor”. Esta escena, ya debidamente alterada, se la he escuchado contar a Germán Dehesa durante sus “shows”, relatándola como si él hubiera sido testigo de la misma. Seguramente se la refirió Cahito, otro trovador amigo nuestro, guitarrista de Zitarrosa y a últimas fechas músico en los espectáculos de Dehesa. Cahito falleció hace algunos meses, ya no le podremos preguntar porque se la contó tan deformada a Dehesa.

Anécdotas, como se comprenderá, hubo muchas, carretadas, intentar relatarlas en su vastedad sería comprometerse en una tarea imposible, sólo mencionaré una más; en esta también interviene Sabines, el otro personaje fue el dramaturgo Sergio Magaña. Jaime se empeñaba en leer su poema “La Tía Chofi” pero cada vez que iniciaba, Magaña se adelantaba con una canción cómica, “El charro Morado”, que había compuesto hacía años y que invariablemente provocaba la carcajada de los reunidos. Jaime volteaba a ver a Sergio con ojos de pistola y el otro, en importamadrismo etílico total, arrancaba a cantar cada vez que el poema iba a dar inicio. Así se la

pasaron buen rato. Jaime y Sergio se tenían un profundo cariño, hermandad que venía de muchos años atrás, así que Jaime se tuvo que conformar con que esa noche no enterráramos en la tierra fría de Berriozábal a la Tía Chofi, como describe el poema, sino al mesmito Charro Morado, pues...n.

Y como recurrencia final sobre la figura de Sábines ya que en ella estamos, me acuerdo del día en que supimos la noticia del fallecimiento de Rosario Castellanos; muchos nos reunimos en la casa de Julia para comentarlo; Jaime no, se encontraba en Mazatlán. Hablábamos del hecho trágico, algunos hacían recuerdos, otros contaban anécdotas, cuando de pronto empezó a entrar un mensaje por el fax. Era de Sábines, que nos daba a conocer antes que a nadie, el poema que acababa de escribir por la muerte de Rosario, era una pieza cariñosa, nostálgica, que después de hablar por el dolor de la muerte de Rosario, terminaba diciendo más o menos: “en Mazatlán está haciendo mucho calor, aquí a la orilla de la alberca, me voy a tomar un trago...” Esa tarde leímos varias veces el poema de Jaime y los de Rosario y bebimos y sollozamos y terminamos cantando (*adiós mi amor, adiós para siempre adiós...*), y terminamos cantando, como siempre.

Una vez llegaba yo al edificio al que encaminábamos los pasos cuando queríamos compartir la salida de un nuevo libro, la grabación de un nuevo disco, el éxito de una exposición de pintura, cuando requeríamos de un trago, de un saludo, cuando requeríamos del calor de los amigos; en la privada se habían instalado unos micrófonos en los que había cantado Margie Bemejo y otros artistas vecinos; en el momento de mi arribo empezaba a cantar un personaje de la nueva trova cubana, que en esos momentos se encontraba en México, Noel Nicola. Me impresionó mucho lo que cantaba Nicola, lo que cantaba y la forma de cantarlo. Entonces ahí mismo saque pluma y papel y le escribí un poema que Noel se llevó a La Habana (*Viva Cuba, Noel/ viva la brasa/ que el Caribe de sal/ construye en canto./ Sindo, Delfín o Matamoros/ en tu guitarra nueva/ trovan tiempo,/ y entonces/ el arca de Noel Puebla de música/ este puño del mar/ que nos golpea en el sueño...*) Así nacían las cosas, nuestras cosas, los versos y la música cuando íbamos a ver a Julia.

Cuando Zitarrosa estuvo en México, le escribí al uruguayo una canción en esa misma casa, Pájaro del Oriente, una canción que más tarde Margarita y Eugenia León, Mario Rivas y Rafael Zenteno, dejaron grabada para Radio UNAM, en un programa de Tomás Mojarro. “Pájaro del Oriente,/ golpe de tierra alada/ vamos cantando el sueño/ y hasta la madrugada./ Cita la rosa en punto,/ cita el fulgor del alba ...”

Para quienes no lo sepan (incluyendo a comitecos) el padre de Julia fue ese inspirado compositor, orgullo de Comitán, que se llamó Esteban Alfonzo. A don Esteban Alfonzo se debe un bello danzón chiapaneco interpretado con frecuencia por las marimbas del sureste llamado “Paludismo Agudo”. Pero don Esteban también fue el autor de uno de los más representativos danzones escritos en México, yo diría: de uno de los DOS DANZONES CLÁSICOS de nuestro país, “No debió de morir”, también conocido como el “Danzón Juárez”; el otro es “Nereidas”, del compositor oaxaqueño Amador Pérez, “Dimas”.

Desgraciadamente sobre “No debió de morir” ha surgido una confusión provocada por los que “saben” de estas tradiciones, pero que desgraciadamente nada más saben a medias y hartos confunden con ello. El danzón “No debió de morir” lo escribió don Esteban a una novia que tuvo y que pereció ahogada cerca de Tapachula, en Puerto Chiapas, en aquel entonces San Benito. Esta pieza es de una belleza y una carga melancólica excepcional. En la última parte de su obra don Esteban hace una tenue alusión de los dos primeros compases de una canción cubana que se llama “Clave a Caridad” (tiempo de clave). A esta última le pusieron los propios cubanos, por motivaciones políticas, una letra apócrifa con el título de “Martí”, de ahí muchos que pretenden conocer y no conocen, han dicho irresponsablemente que el danzón mexicano es una copia de un danzón cubano que se llama “Martí”. Fuera de las dos líneas aludidas por el músico chiapaneco, la clave “Martí” es muy otra cosa y nunca fue danzón, siguió siendo eso, tiempo de clave.

La evocación que hace don Esteban al final de su obra tiene su origen en el conocimiento de parte de él de una tragedia similar

que vivía el autor de “Clave a Caridad”, Tereso Valdés, a quien se le había muerto también ahogada el amor de su vida que era precisamente la primera voz del coro que él dirigía; con su breve evocación don Esteban empataba en su obra dos dolores hermanos, sólo eso.

Lo anterior lo relato, porque en la casa de Julia surgieron estos comentarios y entonces ella puso en mis manos la partitura auténtica de “No debió de morir”, escrita directamente por el puño de don Esteban. Con base en el documento del registro oficial en Derechos de autor de esta pieza me tomé el atrevimiento de ponerle letra para reafirmarla como una canción auténticamente nuestra, sin márgenes para confusión alguna, canción que fue grabada por la voz de la soprano Martha Mejía con arreglo para guitarra y salterio de Anastasia Guzmán (Sonaranda).

Leticia Ocharán y yo invitamos a Julia varias veces a las recepciones en la embajada de Checoslovaquia, en donde teníamos buenos amigos, así también, más de alguna vez Leticia y yo la acompañamos a las recepciones que ofrecía en su residencia el embajador de Yugoslavia, antes de que ésta fuera destazada por los intereses del mundo occidental.

Con Julia di recitales de poesía en Chiapas, Tabasco, Oaxaca, Valle de Bravo; fui jurado de teatro en Morelia, Querétaro, Guadalajara; fui jurado de un concurso de balonas en Apatzingán; fui jurado de poesía en... así viaje con la actriz Pilar Souza, con la crítica de teatro Malkha Rabel, con el crítico de música José Antonio Alcaraz, con el escritor Marco Antonio Acosta, con el promotor de teatro Enrique Villa, con el dramaturgo Emilio Carballido, con los poetas Carlos Illescas y Miguel Guardia, con los periodistas Angelina Camargo, María Elena Matadamas, Mireya Ballesteros, Aurora Marya Saavedra, Manuel Blanco, Carlos Santana, Gutiérrez Oropeza, todos amigos en Julio como en Julia y en todo el año, en el resto del año y de los años.

Pocas veces, pero de verdad muy pocas veces, me he encontrado en la vida con seres tan ingeniosos como Julia Alfonso, su inteligencia prodigiosa la ponía al servicio de la frase luminosa,

aguda, incisiva, que nos provocaba la risa hasta la lágrima misma. Nadie como ella. Cuando nos hablaba, por ejemplo, de que su hermana Flor tenía muchos años ya de trabajar en Radio UNAM, explicaba: “újule, mi hermana Flor llegó a la radio desde cuando la radio era muda”.

Ella vivió varios años en Yugoslavia, becada en asuntos de las artes dramáticas y era cuestión de escuchar arrobados los recuerdos que conservaba de aquellos tiempos y de aquellas tierras, pero lo hacía perfectamente integrada a su realidad de la ciudad de México y con la misma alegría con la que pudo haber asistido a un mercado yugoslavo salía a abastecerse en el muy mexicano mercado sobre ruedas que se instalaba a dos cuadras de su departamento. Un día fue a dicho mercado acompañada por la directora de teatro Dolores Montoya. Un requemado y silencioso personaje vendía zapatos en uno de los puestos y ella decidió probarse de ahí unas extravagantes zapatillas rojas. Se colocó las zapatillas puntiagudas, pero asaltándole ciertas dudas le preguntó a su amiga Dolores: “decime vos Dolores, decime, ¿no me veré con esto como muy putona?” El vendedor que escuchaba, fue quien respondió desde sus marcados rasgos indígenas: “no mucho...”

De su estancia en Yugoslavia trajo muchas otras cosas además de recuerdos, trajo, por ejemplo, la amistad de un personaje raro. Este personaje padecía de depresión continua; era lúgubre, siempre estaba entre los límites de la vida y la muerte. No sabíamos que hacía en un ambiente como el de Julia, él, siempre con lo sombrío sobre sí, oyendo cantar a todos, instalado, tétrico, en su rincón de desconsuelos; era una especie de fantasma helado en medio del bullicio y la luminosidad. Una vez que nos íbamos a reunir por algo especial, no me acuerdo qué, él habló por teléfono diciendo que no podía estar con nosotros, Julia colgó y con la mayor naturalidad nos informó: “habló fulano, no puede venir porque va a sacar de día de campo a sus hijas, lo que no dijo es a que panteón las va a llevar”.

Ahora, en casa de la soprano Martha Mejía y Pedro Aguilar, frente a Anastasia Guzmán y Pepe González Márquez recuerda Flor Alfonso: “Una vez llegaron a casa de Julia dos mujeres del teatro

chiapaneco, Dolores Montoya y Socorro Cansino, quienes habían coincidido en la ciudad de México y ahora coincidían en el departamento de La Condesa. *Ustedes conocen a Dolores y a Socorro, entronas, de verbo florido, retadoras, aventadas, autónomas, mujeres de iniciativa, fregonas y fregadoras. Pues resulta que en el relajo, bebiendo y albureando, se les hizo noche y salimos a buscar un taxi que las llevara a su hotel. Al arrancar el auto le dije a Julia: “tomemos Julia el número del taxi” a lo que de inmediato Julia respondió: “sí pues, no le vaya a pasar algo al pobre chofer”.*

En lo que respecta a mi personalísima historia recuerdo que algún día amanecí con urgencias diabólicas, de esas que los vulgares llaman “cruda”. Caminaba cerca de la casa de Julia y le hablé por teléfono, “si andás cerca pasá un segundo”, me sugirió. Eso hice, entonces ella me sirvió un refrescante vaso largo de vodka polaco con tres hielos, una cascarita de limón, dos meneaditas con agitador de plástico y unos misteriosos pases mágicos. El alivio fue inmediato. Sintiendo las caricias de la gloria entre pecho y espalda sólo se me ocurrió decirle: “qué bueno es el vodka de por tu rumbo” y ella me explicó ágil: “y eso que éste apenas lo sembramos ayer”.

Una vez me pidió Julia que la acompañara a una comida a la que estaba invitada. Era por un lomerío circundante de la Magdalena Contreras. Quedamos en que sólo la dejaría ahí, pues yo tenía que regresar a mi periódico. Subimos las lomas aquellas y en el trayecto estuvimos conversando sobre el danzón “No debió de morir” y las condiciones en las que lo había compuesto don Esteban Alfonso. Cuando llegamos al sitio, un enorme galerón de tabique en bruto repleto de gente, en el momento en que ella entraba al lugar y yo arrancaba hacia la ciudad que se dibujaba allá abajo cubierta por un cielo intensamente azul, la marimba que amenizaba la reunión, en uno de esos actos mágicos que tiene a veces la vida, irrumpió, por puritita casualidad, con el danzón “No debió de morir”, como si fuera una fanfarria que estaba marcando el arribo de su majestad.

En otra ocasión la acompañé a la casa de un amigo suyo de apellido Taylor, quien vivía también en una loma del Ajusco, saliendo por la carretera antigua a Cuernavaca. En la comida aquella estaban

reunidos junto con los Taylor, Alfredo Zitarrosa y un trovador español que vivía entre nosotros, Pedro Ávila. De nueva cuenta me tuve que retirar antes que nadie para cumplir mis compromisos laborales. Me habían presionado para que no me fuera pero mi decisión fue inflexible por obligación, no por gusto. Mientras bajaba la vereda para llegar al sitio en donde había dejado estacionado el auto escuché a lo lejos un “coro de ángeles” que en broma me cantaba desde su altura geográfica: “si te vas, te irás sólo una vez, para mí habrás muerto...”

En una ocasión se acercó a mí Ofelia Ascencio y me dijo muy emocionada: “he cumplido por fin un compromiso que tenía con mi madre”; se trataba de que Julia le había pedido a su hija -músico genial que incomprensiblemente se encuentra en el silencio, maravillosa flautista, excelente pianista, que en un tiempo creó un grupo de jazz, “Libertema”, que pusiera música a unos poemas míos escritos para niños. Ofelia cumplió con la promesa que hizo a su madre y escribió una música bellísima para mis poemas; me entregó una grabación hecha con chiquillos de un jardín de niños en donde trabajaba. No sé qué pasó con esas canciones; no sé que ha pasado con la excelente música de Ofelia, quien alguna vez hizo un danzón en honor a su abuelo y un excelente arreglo a “No debió de morir”.

Entre mis recuerdos se encuentra también una pianista argentina, no puedo traer a mi memoria su nombre; ella amaba a Jaime Sabines y cuando se enteró de que yo había escrito un poema a Jaime (“vos no me engañás, Jaime Sabines,/ vos sos Tarumba, macho del petalerío...”) le puso música a mi poema, íntegro. Julia hizo estrenar la obra en un festival cultural que organizó en Valle de Bravo.

El 10 de julio del año de su muerte Julia Alfonzo habló a mi casa para decirme que le habían pedido que armara un recital con poemas dedicados al vino y que quería que yo le hiciera una selección de versos míos con ese tema. Le respondí que era material que tenía a mano y que justo al otro día pasaría a dejárselo. Convenimos entonces en vernos el día 11, durante el transcurso de la mañana. Por razones de trabajo no pude pasar como habíamos quedado, entonces, por la

tarde, apenado, decidí hablarle desde la redacción de mi periódico para explicarle el contratiempo y concertar una nueva cita.

No recuerdo quién me contestó, pero desde ese momento el resto del día se volvió inmensamente triste; desde ese día, un latido muy intenso se nos había apagado en la gran ciudad; a partir de ese día todos cambiamos un poco, girando hacia el perfil de la tristeza; no volvimos a ser los mismos, y nuestras risas y nuestras alegrías y nuestras canciones no volvieron a sonar igual.

ADIÓS A JULIA ALFONZO

Hoy el día amaneció llorando con la
angustia
de un perro abandonado,
con un aullido que penetraba hasta
los huesos,
pero no lloraba por ti, Julia Alfonzo,
lloraba por nosotros, los que nos
quedamos
a tocar tu ausencia
que pesa más que el dolor que debe
provocar
cualquier infarto.

Nos vuelves a reunir en torno tuyo
—¿Así será por siempre?—
ahora para ver nuestros poemas,
nuestros cantos, nuestras risas,
tu hermanísima alegría,
reducidos a un silencioso ataúd.

Los oradores de estas cosas dirían
seguramente:
“no te has ido porque seguirás
viviendo
en nuestros corazones”.

Yo digo que sí te has ido,
que te has ido para nuestro siempre
y ése es el dolor que nos
clavaste en cada pecho.

Yo digo que sí te has ido
y que contigo te estás llevando
una luminosa parte de nosotros
mismos,
de nuestro tiempo, de nuestra vida,
de nuestra difícil historia de fin de
siglo.

Desde hoy, para nosotros,
existe un gran vacío en la ciudad de
México.

Poetisa-actriz que falleces del corazón,
hoy que te decimos adiós
se cierra una de las páginas más
vivas
de nuestro libro.

El día, hoy, ha seguido llorando
hasta el punto final
de estas palabras.

(Del libro *Meteoro*).

La dicha inicua

Octavio Paz alzó la voz y con ella los calificativos, que desde él siempre fueron marcas del indeleble fuego, es decir, de materia eterna (lo que no se borra, lo que se imprime de su esencia) arrebatada de donde bullen y rebullen los antros; los adjetivos tomaron destino y fueron a investir al hombrón mal hablado y culto que quisimos tanto tantos, malhablado y culto, combinación extravagante que entre nosotros llevó el nombre de Renato Leduc.

Y habló Paz, y se refirió a un excéntrico y francotirador de la poesía —esto consta en la antología *Poesía en Movimiento* (Siglo XXI, 1966)— habló de un personaje que escribió su propio perfil en el que aparece como sentimental, erótico y sarcástico, autor de una literatura en la que, con estos atributos, convierte a Leduc, el autor, en un vivo personaje de sí mismo.

Para mejor describir a su sujeto, el poeta mayor habla de Laforgue, de una especie de eco de Laforgue que se paseó en París y en las calles de México. ¿Y por qué precisamente del simbolista Jules Laforgue?, ¿por ser descendiente de francés nacido en América Latina?, ¿por los momentos de penurias que algunas veces vivieran ambos?, ¿por ser poetas raros, de difícil clasificación?, ¿por la sorpresiva frase rasposa junto a lo que se encamina a posible formalidad del poema?, ¿por ser Laforgue clasificado dentro del decadentismo?, ¿por la manera de Leduc de burlarse de sí mismo y de los demás, de verso en verso y de verso a verso?

Quizá por un poco de cada cosa; y eso lo sospechamos los que convivimos con él más de alguna vez en la inolvidable Morada de Paz. La Morada de Paz sufría de una concurrencia desigual. A veces se encontraban en ella verdaderos maestros del lenguaje o de la vida o a veces alguno que otro advenedizo que había llegado a la caza de una copa gratis. Por ese sitio pasó toda la bohemia de México de ese tiempo y la de un tiempo anterior convertido ya en leyenda.

¡Se contaban tantas cosas de ese lugar!, ¡tantas anécdotas y prodigios de personajes que habían transitado por ahí! Por ahí había pasado gente pendenciera como el “Retinto” Márquez, de quien se decía que debía más de alguna vida, hasta gente tan refinada y de tan amplia cultura como el compositor para guitarra de concierto, Juan Helguera. Justamente, una vez Leduc coincidió en la Morada con su amigo el compositor Helguera, entonces alguien sugirió que en honor de ambos, de Helguera y de Leduc, Leduc leyera un poema y Helguera tocara algún estudio, algún preludio. O sea, que ambos se iban a homenajear a ambos.

Renato Leduc leyó su conocido poema dedicado a un diputado, a quien lo veía con sus nalgas pudriéndose, atornillado atrás de su escritorio. Helguera no tenía con qué cumplir con lo suyo, pues el lugar distaba mucho de contar con una guitarra de concierto como las manos y el talento del maestro reclamaban. Entonces, para no quedar mal, tuvo que recurrir a la tabla con alambres que teníamos ahí como guitarra y que en realidad servía exclusivamente para cantar nuestros boleros malentonados. Quién sabe cómo le habrá hecho el músico, quién sabe de qué magia poética se habrá valido, pero de ese mal remedo de instrumento musical, por espacio de media hora o más, salieron los compases más acabados de un Tárrega, de un Leo Brower, de un Villa-Lobos, de un Agustín Barrios “Mangoré”, uno de los compositores favoritos, éste último, de nuestro concertista de esa tarde.

Así éramos. Lo que voy a decir es absolutamente cierto. Una vez retirado Leduc, una vez despedido Helguera, de inmediato se inició una colecta entre los presentes. Prefirieron perder una o dos botellas más de espiritualizadores etílicos, pero se logró juntar la suma para salir de inmediato a conseguir otra tabla con alambres, porque la que teníamos en ese momento ahí, no la iba a volver a tocar nadie ¡Nadie! Ahí había tocado Juan Helguera, y desde ese momento quedaba convertida en toda una reliquia del Centro Histórico de la Ciudad. Aquella menesterosa imitación de guitarra, esa tarde, había alcanzado su sacralización.

Pues bien, en ese lugar de locos gozamos a Leduc y nuestros castos y delicados oídos se llenaron en repetidas ocasiones de aquellas

tan sus sonoras y bien surtidas y extrapoladas inconveniencias léxicas. ¿Y los vecinos? Ni le movían pues preferían seguir gozando de los privilegios de una “renta congelada” que les hacía pagar por el derecho a habitar ese edificio ubicado en el mismísimo centro de la ciudad, la desmesurada suma de veinte pesos mensuales.

A la Morada de Paz llegaban periodistas, músicos, pintores, teatreros, actores, bailarines, toreros, políticos, abogados que creían que eran poetas o señores ya de edad que habían sido líderes estudiantiles y habían jugado algún papel durante las gestas de la expropiación petrolera. Llegaban personajes de mil colores que nos llenaban las tardes de capítulos inolvidables. Obviamente —que aunque el doctor Martínez Montes dijera que ahí no había distingos, que ese era el único territorio del país en donde todos éramos iguales— nosotros sí contábamos con nuestros personajes especiales como en el caso de Leduc.

Renato Leduc se sentaba frente a mi deslumbramiento y me empezaba a hablar de las “mujeres malas” que eran buenas y de las “mujeres buenas” que eran malas. Y entonces salían los recuerdos de París: “sin un quinto Roberto, sin un quinto,,, bueno, tampoco, pero sí bastante escaso en oros” Yo le escuchaba, le servía del espiritualizador para animarlo, pues el que ya estaba más animado de la cuenta era yo. Entonces venían los recuerdos; y al hablar de las muchachas que tallan las banquetas en busca de magra bolsa, se acordaba en especial de una joven francesa de nombre Naná a la que diariamente invitaba a tomar café en el Biarritz, joven por la que sintió un gran aprecio, “habían otras que nos acompañaban como Monique y Denise, pero todo se acabó cuando entraron los tanques de Hitler a París”. “Una vez con la ciudad ocupada, el poco dinero que me llegaba cesó de fluir. Me vi en verdaderas dificultades económicas. Al notar lo Naná me dijo con una nobleza que nunca podré olvidar: “Tengo una cantidad ahorrada para mi retiro. Te la voy a prestar”. Pasadas algunas semanas me llegó el dinero retenido y entonces ya junto se convirtió en “toda una fortuna”. Busqué a Naná para pagarle su dinero. Ella recibió los billetes que con tanto esmero había ahorrado para cuando se retirara y que sin embargo, tan generosamente me había proporcionado. Me dio un beso

cariñosísimo. Después me dijo con lágrimas en los ojos: “Una será gentuza pero no más de lo que piensan los demás” y se fue corriendo por la calle hacia algún punto en el que de seguro no la iba a ver nunca más”.

Esas eran las anécdotas de Renato, pero hay otro perfil que quiero tocar, el del hombre sabio. En la Morada de Paz seguido había “agarrones” ya por temas políticos, ya por asuntos culturales. Más que alguno no se aguantaba la tentación de recitar algunos fragmentos del “Prometeo Sifilítico” de gran éxito entre la peladez reunida, tipo de versos que normalmente los maestros de literatura esconden a sus alumnos bajo la denominación de “literatura parda”, y así es como se han perdido obras como la del yucateco Pichorras (“El último rubor quedó vencido,/ cayó por fin el camisón de rosa/ y ante su nívea desnudez de diosa...”) y otras de similares trancos. Cuando se decían fragmentos del “Prometeo Sifilítico”, con sus sonoras mentadas de madre y demás alegorías propias del suburbio tenebroso, si por casualidad se encontraba alguien que por primera vez pisaba el sitio y desconocía con quiénes estaba conviviendo, y mostraba su molestia por tratar de esa manera los legados a la humanidad nadie le llevaba contras para no hacerlo sentir mal. Pero ese alguien ignoraba, que cuando Renato se ponía serio, nos daba a todos auténticas disertaciones sobre la sabiduría del mundo clásico. En ese renglón aprendimos muchas cosas o recordamos muchas otras que la débil memoria nos empezaba a escamotear.

Hubo otro sitio en donde me encontré con Renato Leduc en varias ocasiones, fue en la casa de la pintora y poetisa Aurora Reyes, calle de Xochicaltitla, en el meritito Coyoacán. En su casa se hacían reuniones a las que acudían sus más preciados amigos, ya habían fallecido Frida, Diego, Mansicidor, Josefina Vicens, Eulalia Guzmán y tantos otros, pero todavía quedaban Renato Leduc, Juan de la Cabada, Eunice Odio, Efraín Huerta, Teodoro Arriaga, Nicolás Guillén, que si estaba en México era de visita obligada a Xochicaltitla, Magdalena Mondragón, Emilio Carballido, Concha Michel, el poeta Sergio Armando Gómez, Othón Villeda Larralde, Leticia Ocharán, Rina Lazo, García Bustos y tantos otros que ya no recuerdo por el momento, un universo en cada caso. Y todos se morían de risa cuando recordaban

la anécdota aquella en la que una vez, saliendo de la Morada de Paz, Leduc se detuvo a comprar unos tacos quedando, sin darse cuenta, al lado de uno de sus más enconados rivales en asuntos del periodismo político, René Capistrán Garza, periodista pro clerical que dirigía en ese entonces un diario de nombre Atisbos.

Renato, sin percatarse de aquella perniciosa compañía pidió al diligente amibador tres tacos de hígado; entonces con una fría mueca de burla Capistrán Garza, a quien sus enemigos nombraban Sacristán Farsa, soltó un hiriente: “cada quien pide tacos según lo que le hace falta”. Ante aquello, Leduc volteó a identificar a quién tenía a su izquierda y sin pensarlo un segundo ordenó al taquero: “y tres de sesos para el señor”. En la casa de Aurora se acordaban de estas cosas y todo el mundo reía a rabiar, José Muñoz Cota, Rubén Bernaldo, Jesús Álvarez Amaya, Pablo O’Higgins, su esposa María, Héctor Godoy, y tantos...y tantos... Una vez me dijo Aurora Reyes: “Me gusta Renato por cabrón... y porque en realidad tiene una alma tan noble...” De lo que aquí hablo hay memoria escrita, se trata de un libro sobre Renato Leduc que publicó una mujer llena de compromiso social, Oralba Castillo Nájera, ella recogió todos estos testimonios, algunos los vivió ella misma.

Sabia virtud de conocer el tiempo.

Pendiente de esos días mexicanos el compositor Juan Helguera decidió organizar un libro con el título *Crónicas de grupo*, en el que sólo iban a estar sus amigos, y con un gran agradecimiento de mi parte me enteré de que uno de esos amigos era yo. Como sea, dudé un poco en entrarle al compromiso y solamente acepté de manera plena y gustosa al enterarme de que dos de los invitados eran Juan de la Cabada y Renato Leduc. El libro lo publicó en 1984 la editorial Presencia Latinoamericana y en él venimos incluidos Ermilo Abreu Gómez, José Alvarado, Juan de la Cabada, Emilio Carballido, Juan Duch, el propio Juan Helguera, Carlos Illescas, Guillermo Jordán, Renato Leduc, Pedro Ocampo Ramírez, Cristina Pacheco y yo. Leduc se sentía orgulloso de estar en ese libro y nosotros de estar al lado de él.

Sabia virtud... el tiempo... La vida vive hacia adelante y hacia atrás. Existe una fuerza poderosa que no nos detiene ni en el proyecto

ni en la célula. El escritor sabe de estas vertientes cósmicas y utiliza la palabra para poder controlar lo más posible el transcurso. Equilibrarlo. El ser humano vive su tiempo y busca a sus iguales para tener testigos de que ese tiempo fue vivido y crear una red para de alguna manera detener los acontecimientos, para que en ellos lean los que vienen. Es una idea noble el intentar la permanencia mediante esa forma. Fuimos un puñado de latidos. Fuimos un tiempo.

Y se gozó mientras tanto, se sufrió también. Se vivió y así el verbo de ese entonces se fue hacia su ayer y se fue hacia su mañana que ahora ya son pasados también pero que pretenden seguir siendo presentes. Y las bromas y los corajes de entonces siguen presentes, y unos están de acuerdo y otros no, cuando Renato Leduc nos vuelve a afirmar que “sólo al de muy mala leche puede llamársele periodismo, lo demás es basura”. Y lo vemos sonreír con coraje cuando el periodista Roberto Blanco Moheno escribe en una de sus columnas que cuando ve aparecer las columnas de Leduc en las páginas de Excélsior le da “la impresión de ver a una virgen trabajando de asistente en una casa de putas”.

A veces estas cosas provocaron inquietud en la casa de Aurora Reyes, inquietud siempre envuelta, finalmente, en sonoras carcajadas. Alguno preguntaba cómo había sido escrito el poema del tiempo y él explicaba que había sido el resultado de una broma de preparatorianos cuando le pidieron que escribiera un soneto que rimara con la palabra tiempo, sabiendo de antemano que esa palabra no tiene rima. Entonces explicaba el ardid y repetía el poema entre el aplauso de todos, y en esos términos no faltaba quien recordara la tragedia del poeta Azcona.

Eso del poeta Azcona es un misterio que ha quedado en eso, para todos los tiempos, y todo porque tampoco existe una rima para la palabra triunfo. Siglos irán y siglos vendrán y esa incógnita quedará resguardada para siempre, negada a cualquier ser humano; bueno, a cualquier ser humano y hasta al poeta más trinchón de la pradera.

En estos términos resulta que a la cantina del Triunfo/ entró una gringa nalgona,/ y dijo el poeta Azcona... y nadie jamás de los jamases sabrá nunca que fue lo que dijo el poeta Azcona. Y todos ríen. Y alguien recuerda al intelectual cubano Juan Marinello, y a Germán

Lizt Arzubide, y Rubén Bernaldo declama a Guillén, y Armando Duvalier piensa como va a trasladar el “vanguardismo” a Chiapas, su poesía “alquimista”, y se recuerda a los Estridentistas, y se recuerda a los Revueltas y el México grande ahí sigue estando, de pie, aunque hasta lo imposible se haga desde otras alturas porque así no sea.

Leduc me trataba (no mucho, sus verdaderos amigos eran los de su generación), me trataba pero no se acordaba cómo me había conocido, yo sí, y muy bien. Había iniciado mi debut como periodista por 1967, era un jovenzuelo y la hacía de auxiliar del Director del periódico *Claridades*, mi inolvidable don Mario Sevilla Mascareñas. Me había llevado a *Claridades* otro inolvidable mío, el gran periodista chiapaneco José Falconi Castellanos. Era curioso: se trataba de un periódico taurino pero era de izquierda; don Mario presumía a pecho henchido su pasada amistad con los muralistas mexicanos y con el poeta García Lorca y el periódico que dirigía, del cual era dueña doña Olga D’Medina, era una extraña mezcla de publicación taurina con preocupaciones sociales. Renato Leduc, columnista de *Excelsior* y de la revista *Siempre!*, además de la revista quincenal *Política*, de Manuel Marcué Pardiñas, era comentarista también de *Claridades*; en cierto espacio hablaba de política y en otro era nuestro cronista taurino.

Don Mario me había puesto un escritorio cerca de su oficina. Ahí me saludaban forzosamente todos los que llegaban a entregar sus artículos. Varios de los articulistas también eran escritores de la ya mencionada revista *Siempre!*. Un día se abrió la puerta y entró lleno de alegría el hombrón de cabeza blanca. Traía varios libros entre los brazos. Se dirigió a mí con una amplia sonrisa que no cabía en la oficina y jubiloso puso uno de los libros en mis manos, diciéndome, casi cantándome: “acaba de salir mi libro más reciente”. Se trataba de *Fábulas y poemas*. Yo, desprovisto todavía de las artes necesarias para manejarme en sociedad, me vi de pronto comprometido en un muy serio aprieto. Ya tenía el libro en las manos, me había sido entregado con muy buen ánimo, nada más que en torno había un insalvable enigma para mí, ahora, ¿cómo debía actuar? ¿El gran Renato Leduc me estaba mostrando su libro recién salido?, ¿sólo eso?, ¿quién era yo para que me tuviera otro tipo de atenciones? ¿pero, y si me lo estaba

obsequiando y le atizaba la grosería de preguntarle por el precio?, ¿o me lo estaba vendiendo?, ¿qué debía hacer en cualquiera de los trances?, ¿qué debía decir?! Me quedé como pasmado; de pronto pensé en que algo tenía que decir, en que una decisión debería tomar, decidirme por alguna opción. Reaccioné repentino y por fin me incliné por una de las salidas y tímidamente le pregunté: ¿Don Renato, cuánto es por el libro? Entonces me contestó sonriente: “No hombre, entre sastres no se cobran las puntadas”. Recordé que hacía apenas unos cuantos días me habían publicado mis primeros poemas en un pequeño periodiquito de los que circulan nada más en el primer cuadro de la ciudad. Entonces, cuando escuché aquello de “no hombre, entre sastres no se cobran las puntadas”, le dije risueño: “ah ¿lo dice porque los dos somos poetas, verdad?” entonces volteó hacia mí y me respondió contundente: “Lo digo porque los dos somos borrachos, cabrón”. Juro que hasta ese momento no me había tomado una sola copa con él.

Renato Leduc nació en Tlalpan en 1897. Tlalpan sigue aprisionando entre sus calles la atmósfera provinciana que nunca le ha abandonado, con sus largos muros tras los cuales viven sus siglos instituciones eclesíásticas o viejas casonas porfirianas. En el centro de Tlalpan existe una cantina que se llama La Jalisciense que tiene el sabor de aquellos viejos bares que se niegan a morir en la gran ciudad.

En el interior de La Jalisciense las paredes están tapizadas con fotografías y poemas entre los que se pueden encontrar versos como aquellos clásicos de Pancho Liguori que empiezan diciendo: “Tuve un amigo canijo/ que leyó en un libro viejo...” Junto a los versos también hay fotografías (hace mucho que no paso por ahí, espero que el panorama no haya cambiado). En esas fotografías conviven gustosamente el propio Francisco Liguori y otros personajes de Tlalpan, entre ellos, Armando Jiménez, autor del tan famoso libro *Picardías Mexicanas*, quien por un largo tiempo vivió en un punto de esa delegación (acaba de fallecer en Tuxtla Gutiérrez pero tuvo el gusto de que en esa ciudad a una calle le pusieran su nombre. A mí me tocó pronunciar el discurso alusivo y develar la placa de tal calle). En las paredes de La Jalisciense también hay varias fotografías de Renato Leduc. Los otros personajes le son prestados a Tlalpan; Renato se encuentra en esas paredes por derecho propio, disfrutando de su titularidad en tal ámbito.

Una vez, platicando con el escritor Gonzalo Martré, empezamos a recordar a aquel Renato que fue candidato a diputado por el Partido Comunista (Frente Electoral del Pueblo); que una vez en un mitin del Partido Comunista que se realizaba en contra de Gustavo Díaz Ordaz en el teatro Lírico, subió a la tribuna y dijo: “Ayer fue Porfirio Díaz, hoy es Gustavo Díaz, total, todo es cosa de días”; de la vez que tuve que darle unos documentos y nunca supe si fue en su casa o en su oficina en las calles de Artes, hoy Antonio Caso. Desde la fachada parecía como una maltrecha casa parisiense acabada de bombardear por Hitler, él volteó a ver el entorno y me explicó: “es que se acaba de incendiar”. Aquello era más que la ahumada mueca de la catástrofe.

De aquella conversación con el escritor Martré, salieron dos proyectos: hablar con el delegado de la Benito Juárez para que una de las calles de la Colonia del Periodista llevara el nombre del maestro Ricardo Cortés Tamayo, y hablar con el delegado de Tlalpan para que una de las más importantes avenidas de esa otra delegación llevara el nombre de Renato Leduc.

Entonces aún vivía el maestro Cortés Tamayo y le informamos sobre nuestra decisión. Don Ricardo todo un sabio caballero, oyó con cautela nuestro plan. Primero dudó un poco de la seriedad de nuestra propuesta. Finalmente se percató de la firmeza con que le estábamos hablando y por fin accedió a que iniciáramos las gestiones. Esas gestiones nunca lograron su objetivo y nos quedó el pesar de nada más haber ilusionado al maestro.

Con el segundo proyecto nos fue mejor, “como dice el refrán, dar tiempo al tiempo”, porque de inmediato contamos con el entusiasmo del delegado Francisco Ríos Zertuche, y él nos habló de un parque (que existe), y nos pidió que escogiéramos la avenida (ellos la escogieron finalmente, la que va de la Calzada de Tlalpan hacia Tlalpan misma y que entonces se llamaba Avenida del Ferrocarril, existe) y nos habló de un gran busto de bronce (que también existe ahí mismo, en el parque) y nos pidió que pusiéramos fecha para inaugurar todo eso. Tanto a Martré, como a mí, nos tocó pronunciar los discursos alusivos y en el acto estuvieron personajes tan prominentes como el delegado Ríos Zertuche, el ya mencionado Armando Jiménez, el maestro Ricardo

Cortés Tamayo, la pintora Rina Lazo, el grabador Arturo García Bustos, la pintora Leticia Ocharán y sobre todo, la hija de Renato, Patricia Leduc.

Ya fallecieron el doctor Daniel Martínez Montes y Aurora Reyes y muchos de los aquí nombrados. Mas queda el recuerdo, fuerte, poderoso, de todos ellos, y en honor a ese recuerdo quiero cerrar estas líneas en el momento en el que José Alvarado llega hasta el Hemiciclo a Benito Juárez, en medio de la luz mortecina de una tarde de octubre. Alvarado alcanza a percibir la erguida figura de Renato Leduc, caminando sobre la Alameda, como quien va para el Palacio de Bellas Artes, como quien va para la Morada de Paz, mejor. Alvarado hace bocina con sus dos manos: “¡Adiós Renato!”, grita con fuerza. El hombrón se detiene por un momento, voltea, con voz grave responde: “adiós don Benito” y sigue su camino...



Almita Molina, la antimapache

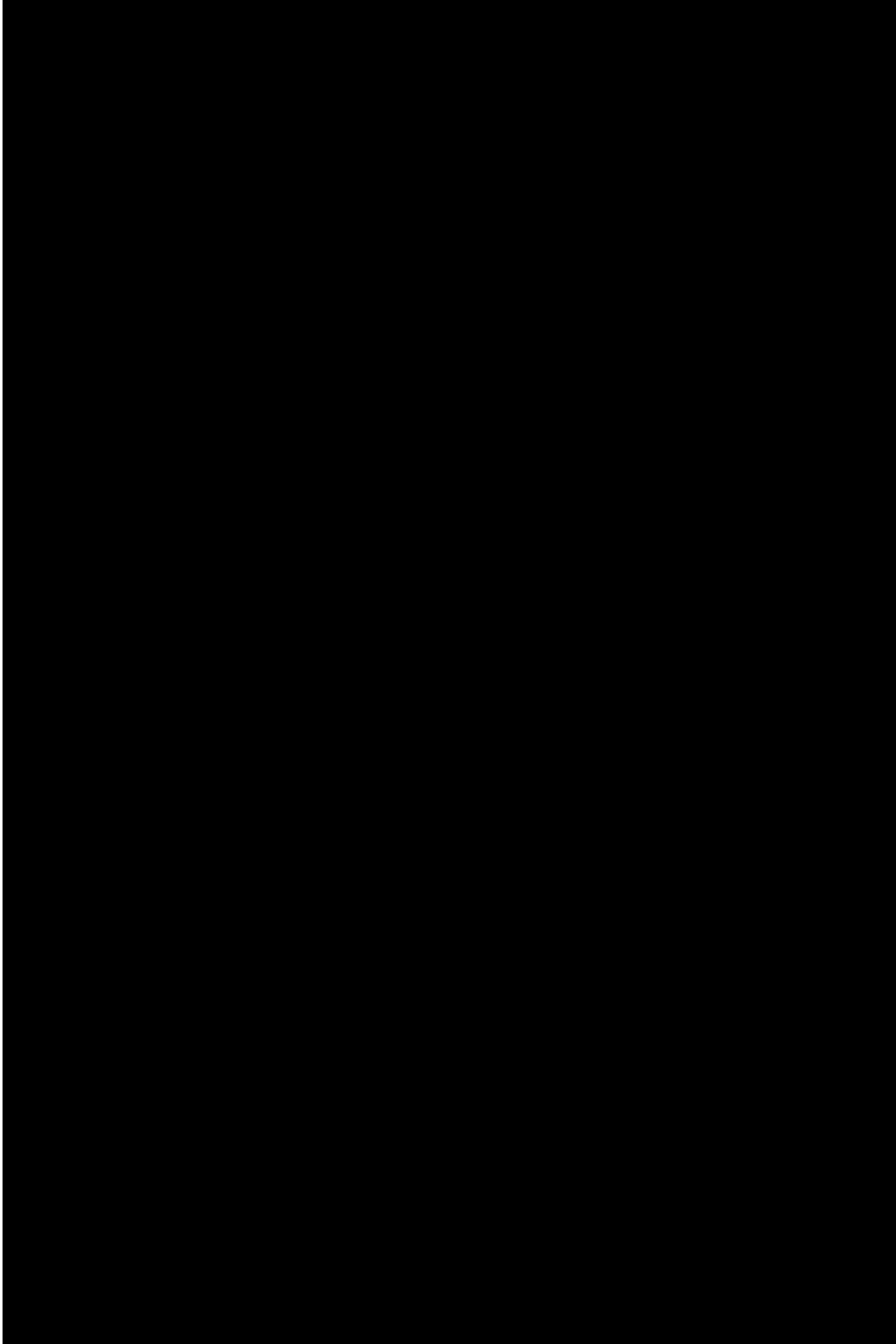
De Almita Molina algunos dicen (prácticamente nadie da certezas) que nació en una zona característica del estado de Chiapas conocida como El Zapotal. Aunque su nombre y apellidos pertenecen ya a tradiciones mestizas dentro de esta interrogante es muy probable que en la zona y en las condiciones de su nacimiento se encuentren raíces netamente indígenas. Nada se sabe de ella, más que estos versos que rodaron, casi clandestinamente en las zonas que unen a los estados de Tabasco y Chiapas. Por la región en que se encontraron las hojas apenas legibles, escritas a mano, se cree que participó con los grupos zapatistas que comandaba el general Rafael Cal y Mayor, quien por ser zapatista en una zona en la que triunfó la contrarrevolución con el nombre de “mapachismo” ha sido objeto de burlas más que de reconocimiento. A esto se suma que por las condiciones contrarrevolucionarias de la región, el enviado por Zapata a encender en Chiapas la lucha revolucionaria, hubiera perdido el mayor número de batallas y no se reconozca que aun siendo miembro de una familia de distinguidos hacendados haya empezado su lucha repartiendo su propia hacienda. De Almita Molina se desconoce el momento de su muerte por las mismas razones, jamás estará en la historia de la literatura de Chiapas, eso es seguro. Por ello, aunque no poseemos más que los dos pequeños poemas que aquí reproducimos, consideramos que constituyen una gran aportación, deuda que debemos a los archivos del maestro Alberto C. Culebro, quien llevó la imprenta a Huixtla.

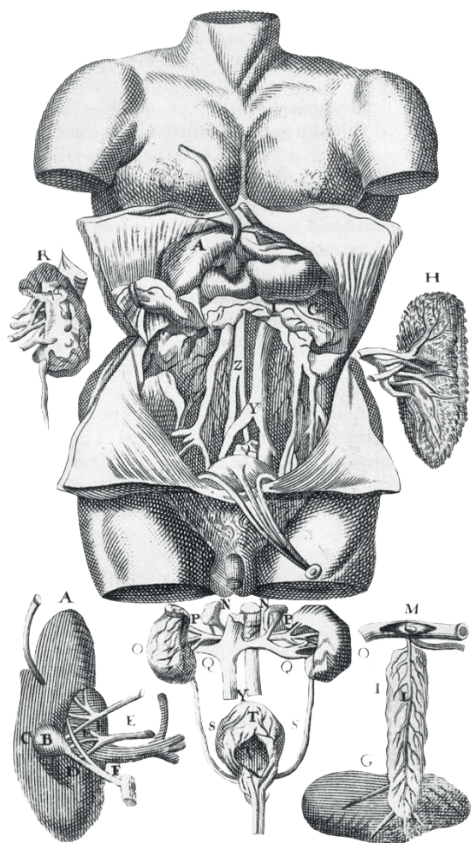
DORMIDA EN LARGA PAZ

Duérmete en larga paz mi niña verde
que el tiempo del mapache te protege.
No puedes dormir en paz mi niña verde
pues el tiempo del mapache muerde muerde
No no se puede.

ESO QUISIERAN

Me reducen me reducen me reducen
me han reducido
me han reducido
me han reducido
hasta dejarme sin bandera
me arrebataron mi bandera
pero eso no es cierto
me reducen
me reducen
me reducen
me han reducido
y me han vuelto a poner en las manos mi bandera
el guaquite, el tucán, el jaguar negro, los calzones rojos
que levanto en el centro de esta guerra
me reducen pero no es cierto, eso quisieran
la guacamaya roja es mi lumbre
es mi bandera.





Índice

Entre el cantar y la crónica	/ 5
El colmillo de la perra brava	/ 9
César	/ 13
México de día y de noche: Tablada	/ 23
Visiones periféricas. Ciencia ficción en México	/ 29
Adiós al maestro Robledo Santiago	/ 33
...y los veneros del petróleo, el Diablo	/ 37
Rosaura	/ 39
José Hernández Delgadillo. Un olvido que...	/ 43
La morada de paz	/ 46
El pavor a los pavorosos	/ 54
Recordando a Julia Alfonzo	/ 61
La dicha inicua	/ 73
Almita Molina, la antimapache	/ 85

De esta primera edición de *Remedios crónicos*, de Roberto López Moreno, se imprimieron 500 ejemplares. El tiro fue impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V., Centeno 162-1, Col. Granjas Esmeralda, 09810, Iztapalapa, Ciudad de México, en el mes de diciembre de 2025. La edición y el diseño estuvieron a cargo de Iván Cruz Osorio.